

Dossier no. 5 Archivos y bibliotecas de México, un devenir de siglos y azares

Año 6, Vol. 6, Num 12 julio-diciembre 2020 | ISSN 2448-5241

Antrópica

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades



Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades

Año 6, vol. 6, núm. 12 julio-diciembre 2020, Dossier

Editor Invitado: Jorge Canto Alcocer



Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades es una revista científica de ciencias sociales y humanidades en formato digital, semestral, fundada por estudiantes y profesores de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán. El primer número apareció en 2015.

La publicación está dirigida a toda la comunidad científica y académica: estudiantes, profesores docentes, investigadoras e investigadores de los campos de la Antropología, Arqueología, Ciencias Políticas, Comunicación Social, Derecho, Economía, Filosofía, Historia, Literatura, Psicología y Sociología. La revista recibirá colaboraciones originales e inéditas, escritas en idioma español y que no estén siendo postuladas de forma simultánea en otras publicaciones, revistas u órganos editoriales.

Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, en afán de fomentar el intercambio global del conocimiento y las ideas, permite el acceso a sus contenidos (tanto de texto como visuales) sea para descargar, leer, copiar, imprimir y consultar. En caso de emplearse o reproducirse de forma total o parcial algún contenido, es obligatorio citar su procedencia y respetar los derechos de autor.

Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades es una publicación gratuita y no cobra cuotas por la publicación de sus artículos.

Es una publicación arbitrada, dictaminada por pares ciegos e indexada. Integra el índice Latindex

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán.

ISSN: 2448-5241

Sitio web: www.antropica.com.mx

Email: revista.antropica@gmail.com

Información legal

ANTRÓPICA. REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES, año 6, vol. 6, núm. 12, julio-diciembre 2020 es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Yucatán, México a través de la Facultad de Ciencias Antropológicas. Km. 1 Carretera Mérida-Tizimín, Cholul, C.P. 97305, Apartado Postal 1405, Correo Centro, Mérida, Yucatán. Tel.: +52 (999) 930 0090 Ext. 2118 <http://www.antropologia.uady.mx/revista/antropica/antropica.php>. Editores responsables: Gabriel Angelotti Pasteur. Número de reserva de derechos al uso exclusivo: 04-2018- 113011041100-203, ISSN 2448-5241, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización, Rodrigo Vences Nava. Facultad de Ciencias Antropológicas., Km. 1 Carretera Mérida- Tizimín, Cholul, C.P. 97305. Fecha de última modificación, 26 de junio de 2020.

Transparencia

Los materiales e insumos necesarios para el proceso de trabajo y publicación (fotocopias, impresiones y papeles) y los mobiliarios (escritorio, teléfono, conexión a internet) son provistos por la UADY y la Facultad de Ciencias Antropológicas. Mientras que los electrónicos (computadoras, escáner, impresora, grabadoras digitales, proyector digital, cámaras de videograbación, cámaras fotográficas, tripies y otros accesorios) fueron adquiridos en proyectos financiados por PRODEP (Secretaría de Educación Pública) y CONACYT, en convocatorias distintas; estando todos ellos inventariados y resguardados por la UADY.

Además, la UADY brinda apoyo legal (mediante el departamento jurídico) y se responsabiliza por el pago para la renovación del nombre de la publicación ante INDEAUTOR. Mientras que la Facultad de Ciencias Antropológicas respalda técnicamente (mediante el departamento de computación) y aporta para el pago de la página web. Cualquier otro gasto adicional que pueda presentarse, en particular relacionados con la promoción y difusión de la publicación, pueden ser solventados por los integrantes del equipo técnico o el Director de la publicación.

Lo señalado resulta suficiente para que podamos publicar dos números anuales en el formato digital. Es importante señalar que **Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades** no posee cuenta bancaria ni está interesada en recibir financiamiento externo o apoyo económico de empresas, fundaciones, gobiernos o particulares.



Ilustración de la portada

La obra de la portada se titula “Corner” y pertenece a la serie “Mundo chatarra” del artista plástico Alejandro Burdisio “Burda” (Córdoba, Argentina). Su obra se puede encontrar en la siguiente dirección:

<http://burda.artstation.com/projects>

DIRECTORIO

Universidad Autónoma de Yucatán

Dr. José de Jesús Williams

Rector

Facultad de Ciencias Antropológicas

Dra. Celia Rosado Avilés

Directora

Gabriel Angelotti Pasteur (UADY)

Dirección editorial

COMITÉ EDITORIAL

Dra. Margarita Rosales González

Centro Yucatán del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Mérida, INAH. Yucatán.

Dr. Frausto Oscar Martínez

Universidad de Quintana Roo, Quintana Roo

Dra. Paola Peniche Moreno

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
Unidad Peninsular, CIESAS. Mérida, Yucatán.

Dr. Jesús Lizama

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
Unidad Peninsular, CIESAS. Mérida, Yucatán.

Dra. Inés Cortéz Campos

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
Unidad Peninsular, CIESAS. Mérida, Yucatán.

COMITÉ ASESOR

Dr. Marco Calderón Mólgora

El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán

Dr. Bradley S. Epps

Universidad de Cambridge, Reino Unido

Dr. David de Ángel García

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional Autónoma de México, Mérida, Yuc.

Dra. Ella Fanny Quintal Avilés

Centro Yucatán del Instituto Nacional de Antropología e Historia,
Mérida, Yuc.

Dr. Enrique Rodríguez Balam

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional Autónoma de México, Mérida, Yuc.

Dr. Jesús Solís Cruz

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

Dr. Joel Francis Audefroy

Instituto Politécnico Nacional. México.

Dr. Raymundo Padilla Lozoya

Universidad de Colima, Facultad de Letras y Comunicación,
Licenciatura en Periodismo. Colima.

Dr. Guillermo Alonso Meneses.

El Colegio de la Frontera Norte (Tijuana, Baja California).

Dr. Luis Escala Rabadán.

El Colegio de la Frontera Norte (Tijuana, Baja California).

Dr. Luis Vázquez León.
Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
Unidad Regional Occidente. Jalisco.

Dr. Carlos Welsh Rodríguez.
Universidad Veracruzana. Departamento Centro de Ciencias de la Tierra.

Dra. Lourdes Romo Aguilar.
El Colegio de la Frontera Norte. Sede Ciudad Juárez (Chihuahua).

Dr. Juan Manuel Rodríguez Estevez.
El Colegio de la Frontera Norte (Tijuana, Baja California).

EDITORES DE PRODUCCIÓN

Aurora Euan Couoh
Universidad Autónoma de Yucatán

Mtro. Gonzalo Rosado García
Universidad Autónoma de Yucatán

Mtro. Rodrigo Vences Nava
Universidad Autónoma de Yucatán

SERVICIO SOCIAL Y BECARIOS

Ilka Martínez Otero
Becaria programa Jóvenes Construyendo el Futuro
Universidad Autónoma de Yucatán

Alejandra Esquinazi
Becaria programa Jóvenes Construyendo el Futuro
Universidad Autónoma de Yucatán

Elisa Chablé
Universidad Autónoma de Yucatán

Ulrick Nettel Rosario
Universidad Autónoma de Yucatán

Elisa Lissandra Chable Ahuan
Universidad Autónoma de Yucatán

Samantha Pérez Colín
Universidad Autónoma de Yucatán

Daniel Alejandro Sibaja Tuz
Universidad Autónoma de Yucatán

Presentación Dossier





Índice

Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades
Año 6, Vol. 6, núm. 12, julio-diciembre 2020

Dossier

Archivos y Bibliotecas en México, un devenir de siglos y azares

Responsable del dossier: Jorge Canto Alcocer

-
- | | |
|--|---------|
| Archivos y Bibliotecas en México, un devenir de siglos y azares
<i>Archives and Libraries in Mexico, a development of centuries and fortune</i>
por Jorge Canto Alcocer | 237-239 |
| El AGEY en su aniversario de diamante: logros y pendientes del acervo documental más importante del sureste de México
<i>The AGEY in its diamond anniversary: achievements and lacks of the most important documentary archive of the southeast of Mexico</i>
por Jorge Canto Alcocer | 243-266 |
| “La mejor colección yucateca del mundo”: breve historia de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona
<i>“The best Yucatecan collection in the world”: a brief history of the Crescencio Carrillo and Ancona Library</i>
por Joed Amílcar Peña Alcocer y Eduardo Israel Huchim Noh | 267-289 |
| Contrastes entre algunos bibliotecarios de la Real Universidad de México durante la segunda mitad del siglo XVIII
<i>Contrasts between some librarians of the Royal University of Mexico during the second half of the eighteenth century</i>
por María Fernanda Gloria Cortez | 291-309 |



Archivos y Bibliotecas en México, un devenir de siglos y azares

Archives and Libraries in Mexico, a development of centuries and fortune

Jorge Canto Alcocer

Universidad de Oriente (México)

<https://orcid.org/0000-0003-1067-2209>

jorge.canto@uno.edu.mx

Recibido: 21 de abril de 2020.

Aprobado: 7 de junio de 2020.

Resumen

El presente dossier, titulado “Archivos y Bibliotecas en México, un devenir de siglos y azares”, examina la praxis y desarrollo de estas instituciones, fundamentales para la realización de investigaciones científicas y depositarias de bienes patrimoniales de gran significado cultural y social, pero que hasta el momento han recibido escasa atención en los estudios académicos. Se integra por tres artículos que analizan, desde diversas perspectivas, como se han construido estos espacios, considerando tanto las acciones individuales como los procesos institucionales para brindarnos una visión múltiple e integral sobre este tema poco conocido fuera del ámbito de los especialistas.

Palabras clave: archivos, bibliotecas, Historia Cultural, patrimonio documental, patrimonio bibliográfico.

Abstract

This dossier, entitled “Archives and Libraries in Mexico, a development of centuries and fortune”, examines the praxis and development of these institutions, fundamental for conducting scientific research and depositaries of heritage assets of great cultural and social significance, but that so far have received little attention in academic studies. It consists of three articles that analyze, from different perspectives, how this space has been constructed, considering both individual actions and institutional processes to provide us with a multiple and comprehensive vision of this subject, that is little-known outside the scope of specialists.

Keyword: archives, libraries, Cultural History, documentary heritage, bibliographic heritage.

Para las Ciencias Sociales y las Humanidades, los archivos y las bibliotecas son herramientas primordiales de trabajo. Sin embargo, estas instituciones, cuyo surgimiento precede a la formación de nuestras disciplinas, han recibido escasa atención por parte de los estudios académicos, probablemente como consecuencia de su complejo y tortuoso devenir, en el que muchas veces han sido ninguneadas por las corporaciones a las que han estado adscritas. En tiempos relativamente recientes, los trabajos de los historiadores Peter Burke y Robert Darnton y, en general, la corriente historiográfica conocida como Historia Cultural, han comenzado a abrir brecha en esta ruta.

Los textos que se presentan en este dossier exploran este camino para el caso de México, en donde estas instituciones fueron fundadas, con sus más y sus menos, desde tiempos coloniales, aunque tuvieron que esperar el siglo XX, después de la Revolución Mexicana, para lograr una auténtica estabilización, no exenta, por supuesto, de problemas, insuficiencias, incongruencias, descuidos, depredación y vulnerabilidad. Es una historia de siglos y azares, en la que los logros, los retos y las amenazas van de la mano, y en la que destaca la profunda huella de actores fundamentales, que con tesón y entereza fueron construyendo, generalmente en condiciones de gran dificultad, las realidades existentes en la actualidad.

Precisamente, María Fernanda Gómez Cortez, en su artículo “Contrastes entre algunos bibliotecarios de la Real Universidad de México durante la segunda mitad del siglo XVIII”, pone el acento en el bibliotecario, un actor desdeñado por la historiografía, al analizar el perfil y la actuación de dos de ellos, en el marco del desarrollo de la que entonces era la biblioteca más importante de la Nueva España. Proponiendo un giro novedoso a la perspectiva de la historia del libro y la lectura, Gómez Cortez nos muestra como estos bibliotecarios se involucraron en temas de organización, conservación y seguridad de su acervo bibliográfico, así como también en asuntos administrativos y de carácter personal, en la interesante coyuntura de los profundos cambios que se desarrollaron en las corporaciones del Antiguo Régimen en el contexto histórico de las Reformas Borbónicas. El gran valor de este trabajo es, justamente, poner en relieve aspectos cotidianos de la labor bibliotecaria que, como se evidencia en el estudio, ha cambiado mucho menos de lo que podríamos imaginar.

Por su parte, Joed Peña Alcocer y Jorge Canto Alcocer examinan, desde la perspectiva de la historia institucional, la génesis de los dos repositorios más importantes de la península de Yucatán: la biblioteca “Crescencio Carrillo y Ancona” y el Archivo General del Estado de Yucatán, respectivamente. En este sentido, es conveniente hacer notar que el territorio peninsular fue asiento de uno de los pueblos mesoamericanos de mayor significación en el posterior desarrollo de México, así como, en tiempos coloniales e independientes, de una región muy



singular, en el contexto del Gran Caribe, con un papel relevante en el sistema político y económico internacional. En virtud de ello, los diversos actores involucrados generaron, en su contexto, una importantísima producción documental, hemerográfica y bibliográfica, que en buena medida se conserva en las instituciones mencionadas.

Peña Alcocer, en su texto “La mejor colección yucateca del mundo: breve historia de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona” analiza el devenir de esta biblioteca, cuyos orígenes remotos los encontramos en la segunda mitad del siglo XIX, en el entorno de los primeros estudios sobre los mayas de Yucatán, justo en los tiempos pioneros de las ciencias antropológicas. Su institucionalización giró en derredor de la figura de Alfredo Barrera Vázquez, un mayista de renombre internacional que dedicó ingentes esfuerzos para reunir y organizar la colección bibliográfica, hemerográfica y documental. Peña hace un pormenorizado recuento de las muchas vicisitudes que ha vivido este acervo durante la segunda mitad del siglo XX y los primeros años del siglo XXI, poniendo, entre otras cosas, el dedo en la dolorosa llaga de las depredaciones sufridas a manos de traficantes de libros y documentos; pero también nos muestra el otro lado de la moneda: la incorporación de la biblioteca al mundo digital, con la constitución de la Biblioteca Virtual de Yucatán, uno de los acervos virtuales más ricos y visitados de México.

Los archivos gubernamentales presentan un marcado doble carácter: por un lado son, como las bibliotecas, repositorios de información fundamental para las investigaciones científicas, pero, por otro lado, cumplen una misión administrativa esencial. Son, a la vez, memoria social y memoria gubernamental. En “El AGEY en su aniversario de diamante: logros y pendientes del acervo documental más importante del sureste de México”, Canto Alcocer plantea el desarrollo institucional del Archivo General del Estado de Yucatán, la institución central en materia archivística de este estado, así como uno de los conjuntos documentales históricos más importantes del país. En el texto, Canto examina el zigzagueante paso de la institución hasta lograr convertirse en uno de los archivos mejor organizados y más funcionales de México, sin dejar de puntualizar los graves pendientes que aún enfrenta y los nuevos retos que le han deparado las revoluciones administrativa y tecnológica que vivimos en el siglo XXI.

Los autores de los artículos que integran este dossier agradecemos profundamente a *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* el haber abierto este importante espacio para presentar el fruto de nuestras investigaciones y experiencias. De manera muy especial, particularizamos el agradecimiento hacia el Dr. Gabriel Angelotti Pasteur, su director editorial, por su entusiasmo e irrestricto apoyo a lo largo del proceso, lo cual nos permitió superar el duro reto que para todas y todos está representando la pandemia que nos afecta en este 2020. ☸



Dossier





El AGEY en su aniversario de diamante: logros y pendientes del acervo documental más importante del sureste de México

The AGEY in its diamond anniversary: achievements and lacks of the most important documentary archive of the southeast of Mexico

Jorge Canto Alcocer

Universidad de Oriente (México)

<https://orcid.org/0000-0003-1067-2209>

jorge.canto@uno.edu.mx

Recibido: 17 de abril de 2020.
Aprobado: 13 de mayo de 2020.

Resumen

El objetivo principal del presente trabajo es analizar el desarrollo del Archivo General del Estado de Yucatán, la institución archivística central de la entidad, fundada en 1945, justo cuando los archivos en México entraron en la aguda crisis que los llevó a perder el rol fundamental que desempeñaban dentro de la administración pública. Al reconstruir este devenir, encontramos que dependió durante décadas de las relaciones personales de sus responsables, así como de la atención —en realidad, casi siempre el desinterés— de los gobernadores en turno; pero también la constancia de que el talento y la dedicación de algunos de sus directores logró la construcción de una institución profesional, moderna, eficiente, apegada a los más altos estándares internacionales. Como parte de este panorama, presentamos también, de manera muy sintética, una descripción de los fondos documentales de su Archivo Histórico, que se han visto significativamente enriquecidos en los últimos años.

Palabras clave: Archivo General del Estado de Yucatán, Historia de Yucatán, Archivos en México, Archivística

Abstract

The main objective of this paper is to analyze the development of the Archivo General del Estado de Yucatán, the central archival institution of the state, founded in 1945, just when the archives in Mexico faced a critical crisis that led them to lose the fundamental rol that they performed within the public administration. In reconstructing this development, we found that it depended for decades on the personal relationship of those responsible, as well as on the care —in fact almost always the disinterest— of the governors on duty; but also the certainty that the talent, dedication and even heroism of some of its directors achieved the construction of a professional, modern, efficient institution, adhering to the highest international standards. As part of this outlook, we also present, in a very synthetic way, a description of the documentary records of its Historical Archive, which have been significantly enriched in recent years.

Keywords: Archivo General del Estado de Yucatán, Yucatan history, Archives in Mexico, Archival

Introducción

Hace justo 75 años, en julio de 1945, inició oficialmente la vida institucional del Archivo General del Estado de Yucatán (en adelante, AGEY), el más importante repositorio documental del sureste de México. Paradójicamente, su nacimiento fue contemporáneo a la crisis generalizada que caracterizó a la archivística nacional y latinoamericana al término de la Segunda Guerra Mundial, cuando la expansión de las administraciones públicas y el abuso de la reprografía colapsaron este ámbito gubernamental. Durante las subsecuentes décadas, los archivos mexicanos naufragaron en medio del abandono y la indiferencia, hasta que, a mediados de la de 1960, comenzaron a articularse una serie de acciones, sobre todo en el ámbito federal, tendientes a la reorganización y modernización de estas instituciones, a la luz de teorías y principios vigentes en el resto del mundo. Los ecos de estos esfuerzos poco a poco llegaron a los archivos estatales y municipales. En el caso del AGEY, el marco legal y administrativo que lo transformó en un archivo moderno y funcional comenzó a desarrollarse a mediados de la década de 1980, teniendo su mayor impulso en los siguientes 25 años. El advenimiento de la transparencia y el acceso a la información, que está provocando una auténtica revolución en los conceptos archivísticos tradicionales, ha significado nuevos y vigorosos retos a esta institución, fundamental para la investigación histórica y social, así como para el propio desenvolvimiento de la administración pública.

Desde la edición de la obra *Archivo General del Estado de Yucatán. Guía General del Archivo Histórico*, (Canto, 1999) hace ya más de 20 años, el Archivo Histórico del AGEY ha incorporado a sus acervos una significativa cantidad de grupos documentales de extraordinario valor y una amplia diversidad de temas y temporalidades, así como ha aumentado, modernizado y profesionalizado sus servicios. El presente texto, que da cuenta de estos importantes avances, pretende ser una herramienta útil para el investigador yucatanense, y al mismo tiempo contribuir a impulsar la discusión sobre los temas fundamentales de la archivística, disciplina que hasta el momento no ha recibido una atención suficiente en nuestra región.

Entre incurias y esperanzas: una mirada al desarrollo de los archivos en México

La historia de las instituciones archivísticas en México se remonta a la etapa final del período colonial, cuando, en el marco de las Reformas Borbónicas, Juan Vicente de Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo y virrey de la Nueva España de 1789 a 1794, elaboró un proyecto para crear el Archivo General de la Nueva España, con lo que este territorio quedaría al nivel de “las naciones cultas”. (Nacif, 2008: 12-13). La acción de Revillagigedo tomó como modelo al Archivo General de Indias, fundado cuatro años antes por disposición del rey Carlos III “con el obje-



to de reunir en un solo lugar los documentos referentes a Indias hasta entonces dispersos en Simancas, Cádiz y Sevilla” (Archivo General de Indias, 2020). Algo se hizo en aquel momento, pues el virrey comisionó para tal efecto a su secretario, un tal coronel Bonilla, aunque no se adelantó mucho, pues el mandatario reconoció, en instrucciones dejadas a su sucesor, el marqués de Branciforte, que “hay mucha falta de orden a la conservación de papeles”. (Nacif, 2008: 13).

Pero el proyecto no vio realmente la luz en aquella coyuntura, y poco se avanzó tras los trabajos primarios del coronel Bonilla. Las Reformas Borbónicas provocaron gran turbulencia en Nueva España, lo que aunado al influjo de la Revolución Francesa, y, en particular, de la invasión napoleónica, llevaron a la monarquía hispánica a una grave crisis de la que no salió indemne. Guerras contra Francia e Inglaterra, descontento interno, las renunciaciones sucesivas de Carlos IV y Fernando VII, y las conspiraciones y levantamientos criollos de 1809-1810, precipitaron al caos la administración virreinal. Así llegó la Independencia, con la intención de Revillagigedo sin cristalizar.

Fue el impulso del político e historiador Lucas Alamán, ministro de relaciones interiores y exteriores del primer gobierno republicano del país, el que logró al fin la fundación del Archivo General y Público de la Nación, dándole desde aquel tiempo su carácter a la vez administrativo e histórico (Nacif, 2008: 13-14). Pero, pese a su existencia jurídica y administrativa, tampoco fue este el momento de desarrollo y estabilidad de la institución, pues, como sabemos, México se debatió por los siguientes 50 años entre invasiones, pérdidas de territorio, guerras civiles, cuartelazos, etc., por lo que su vida en aquel tiempo fue más bien pobre y desorganizada.

Fue hasta el advenimiento del régimen porfirista, en 1876, cuando la administración pública, y por ende el Archivo General, se asentó, creció y se organizó. Y aunque la Revolución Mexicana afectó temporalmente su funcionalidad, para 1914 reabrió sus puertas ya con el nombre actual de Archivo General de la Nación (en adelante, AGN, Ramírez et al., 2011: 4). Pasados los desajustes iniciales, la administración pública se reorganizó y emergió como un sistema político de gran poder y eficiencia, especialmente a partir del gobierno de Plutarco Elías Calles (1924-1928). De acuerdo con Enrique Ampudia Mello, uno de los más atentos y puntuales estudiosos de la archivística nacional, en aquellos tiempos el AGN, y, en general, las instituciones archivísticas del país, gozaban “dentro de la administración pública mexicana un alto estatuto institucional y jurídico, así como una reconocida capacidad técnica y operativa, en plena conformidad con su condición de servicios esenciales para los órganos de gobierno” (Ampudia, 2017: 47). En ese contexto, en el año de 1944 se llevó a cabo el Primer Congreso Nacional de Archivistas, en la Ciudad de México, (Ramírez et al., 2011: 5) y, al año siguiente, se celebró fundación del AGEY.



Fueron los últimos episodios de una etapa. Tan sólo unos meses después de estos dos acontecimientos, la gestión presidencial del Lic. Miguel Alemán Valdés (1946-1952) marcó una profunda transformación en la vida administrativa de México. La estructura burocrática aumentó exponencialmente, incursionando el Estado en una enorme serie de actividades novedosas, e incorporando modernas tecnologías de comunicación y reprografía. ¿Y los archivos? Sigamos de nuevo a Ampudia Mello: "... el país y la administración pública cambiaron, y los archivos no" (Ampudia, 2017: 49). Los archivos se enfrentaron entonces a dos grandes retos: la explosión documental, definida como el crecimiento exponencial de documentos, debido tanto a la expansión de la propia administración como a la indiscriminada y monumental reproducción documental –el clásico original y 20 copias-; y la imposibilidad de responder de manera eficiente a las necesidades administrativas de información. De este modo, desde 1948, los archivos quedaron convertidos en "algo apenas distinto que una bodega de papeles inútiles –por no decir basura- ignorando o descreyendo de la utilidad que pudieran tener para el desempeño cotidiano de las actividades institucionales" (Ampudia, 2017: 44). Sólo el AGN mantuvo cierta distinción y funcionalidad, como órgano fundamental en la investigación y difusión de la historia nacional, particularmente durante la gestión del historiador yucateco Jorge Ignacio Rubio Mañé (1960-1977).¹

Ciertamente, la administración pública reconoció el error de arrinconar a sus archivos y, desde 1964, y con mayor vigor a partir de 1969, se dio a la tarea de reestructurarlos, dignificarlos y homogeneizarlos, incorporando los avances de la archivística internacional. Pero estos pasos fueron lentos e incluso zigzagueantes durante las presidencias de Díaz Ordaz y Echeverría Álvarez, (Aguilera, 2017: 21-34) y no cobraron un auténtico impulso y fortalecimiento hasta 1977, cuando llegó a la dirección del AGN la Dra. Alejandra Moreno Toscano. Con la precisa instrucción del presidente de la república, José López Portillo, y del secretario de Gobernación, Enrique Olivares Santana, Moreno Toscano convirtió al AGN en la autoridad archivística fundamental en México, no sólo en el ámbito federal, sino a través de la creación del Sistema Nacional de Archivos, a la cabeza de todas las instituciones nacionales del ramo (Aguilera, 2017: 36-37). El impulso se mantuvo durante las presidencias de Miguel de la Madrid Hurtado y Carlos Salinas de Gortari, estableciéndose un auténtico diálogo entre los archivos estatales y municipales del país, si bien las condiciones materiales y de organización

¹ Aún no se ha escrito siquiera una modesta biografía que haga justicia a este extraordinario historiador y archivista nacido en Mérida, Yucatán en 1904, y fallecido en la ciudad de México en 1988. Su bibliografía es extensísima, y se materializó en decenas de libros y cientos de artículos publicados en revistas nacionales y extranjeras. Una parte significativa de sus escritos fueron editados por el propio AGN antes y durante su gestión directiva. Gran parte de su obra, así como decenas de miles de las fichas manuscritas que recopiló en decenas de archivos de México, Estados Unidos y Europa, son resguardadas en el archivo privado PROHISPEN, sito en Mérida, Yucatán, y que dirige su sobrina, la Sra. Margarita Díaz Rubio.



continuaron en bajo perfil. Sin embargo, es de reconocerse que en esta época, en aplicación de la teoría del ciclo vital, se establecieron claramente las jurisdicciones de los archivos administrativos, de concentración e históricos. Asimismo, se impulsaron las primeras legislaciones estatales y municipales, se reorganizaron e institucionalizaron los archivos de los poderes Legislativo y Judicial, y se llevó a cabo un amplio y fructuoso programa de capacitación (Aguilera, 2017: 41-56).

El surgimiento de la “sociedad de la información”² trajo consigo una nueva revolución en la administración pública, con el surgimiento de nuevas demandas y usos, que han germinado en los conceptos relacionados de transparencia y acceso a la información. Ello vino a impactar de un modo contundente a los archivos, que aún continuaban –y continúan- en su largo proceso de reestructuración y profesionalización. Al caso, las leyes de transparencia y acceso a la información de 2002 y 2015, así como la Ley General de Archivos de 2018, otorgan a estas instituciones una serie de responsabilidades y funciones en la materia, sin establecer, de manera consecuente, los mecanismos políticos y administrativos para llevarlas a cabo.³ Con muchos pendientes previos y estructurales, los archivos se han incorporado, con variado éxito, a esta nueva realidad, si bien habrá que señalar que, al ser estos derechos de nueva creación y escasa difusión, tampoco las exigencias ciudadanas han representado un especial agobio.

El archivo, taller del historiador

A lo largo de las últimas tres décadas, he investigado asiduamente y con minuciosidad los fondos documentales del Archivo Histórico del AGEY. He participado, durante este tiempo, en decenas de proyectos colectivos e individuales, institucionales y personales, que han implicado un trabajo profundo de este rico, extenso y variado acervo. Ello me ha permitido también un amplio conocimiento sobre el desarrollo de la archivística en general en nuestra región, y, muy particularmente, en esta institución. Esta experiencia *in situ* ha sido complementada con la revisión de las fuentes secundarias que documentan parcialmente el proceso investigado, elaboradas fundamentalmente por historiadores locales, como Ruz (1990: 31-40) y Santiago (2017: 437-458), y funcionarios que tuvieron el acervo bajo su responsabilidad, como López (1983: 33-34) y Canto (1999: 92 pp.).

2 El concepto fue introducido a la literatura en castellano por el sociólogo español Manuel Castells (1996-1999, tres tomos). La revolución tecnológica y administrativa que entraña, sin embargo, tomó más de una década en llegar firmemente a México, y aún en muchos ámbitos se le suele encontrar en estado incipiente.

3 Ver, por ejemplo, el estudio pionero de Ríos (2015: 97-136), en el que explora las condiciones reales de la gestión archivística en todo el país, documentando el precario acceso a la información que se tenía en 2015, más de una década después de la primera generación de leyes de transparencia. En una publicación más reciente, editada por el Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de datos personales, José Antonio Ramírez de León (2019: 12, 14, 17-18) confirma esta lamentable situación.



Breve historia institucional

La gobernación y capitanía general de Yucatán generó un importante conjunto de documentos a lo largo de los tres siglos de dominación española; dinámica que, por supuesto, continuó durante la vida independiente. Sin embargo, no existió en la administración local ni la consciencia ni la voluntad de conservar y organizar este acervo, que irremediamente se perdió en su mayor parte. Justo Sierra O'Reilly, quien tuvo un acceso privilegiado a estos documentos –era yerno y brazo derecho del gobernador Santiago Méndez- escribió en 1842: “los archivos públicos se hallan en el más espantoso desorden, ya por los disturbios intestinos, ya por la punible apatía”. (Citado por López, 1983: 33). La situación empeoró en los años siguientes, al exacerbarse las luchas internas, pero sobre todo ante el impacto de dos movimientos mucho más poderosos y trascendentes: la Guerra de Castas y la Revolución Mexicana. No fueron, por supuesto, los conflictos políticos los únicos responsables de la desorganización y pérdida de la documentación histórica. Además de ello, a la ya apuntada indiferencia gubernamental hay que sumarle la temible acción de un clima extremo en calor y humedad, así como la presencia de diversos depredadores, en especial la voraz termita.⁴

El primer esbozo de organización archivística gubernamental surgió en 1930, en los inicios del gobierno del profesor Bartolomé García Correa, quien incluyó en la Ley Orgánica del Gobierno del Estado la figura del “Archivo General de Gobierno”. Sin embargo, el único paso en firme dado en aquel momento fue nombrar a un archivista como parte del personal de la Biblioteca Cepeda Peraza, para que iniciase la hercúlea labor de reunir y organizar la documentación histórica, que se hallaba dispersa en diversas oficinas, incluido el Palacio de Gobierno. (Santiago, 2017: 445).

Pocos años después, en 1937, Alfredo Barrera Vásquez, recién nombrado director del Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán, le presentó al gobernador Florencio Palomo Valencia un ambicioso proyecto de organización del Archivo General, con asesoría del Instituto Carnegie y la Universidad de Chicago. Al implicar convenios internacionales, Palomo sometió el proyecto a la secretaría de gobernación, la cual, tras un breve estudio, lo rechazó tajantemente, aduciendo se ponía en riesgo la soberanía nacional (Canto, 1999: 11). Es probable que esta decisión, que hoy en día nos parece atrabiliaria, estuviera justificada: la Carnegie había estado involucrada en actividades de espionaje en nuestro país en el pasado (Sullivan, 1991: 150), y la coyuntura –el conflicto petrolero que finalmente desembocó en la expropiación- era muy delicada. Un par de años después, con Barrera Vásquez apartado de manera definitiva de la organización del

4 La afectación de la termita en la región es tal y tan antigua que tiene su propia denominación local, “comején”, derivada del maya, y que literalmente significa “diente pequeño” (Ruz, 1990: 31).



Archivo General –tuvo, en cambio, una brillante carrera como antropólogo, lingüista, gestor y promotor de instituciones culturales-,⁵ el gobernador Humberto Canto Echeverría designó al director de la Biblioteca Cepeda Peraza como encargado temporal del ahora sí denominado “Archivo General del Estado de Yucatán”, (Santiago, 2017: 445) que, aún sin existir orgánicamente, comenzó a concentrar la documentación antigua del gobierno en un anexo del ex-convento de Mejorada, donde había funcionado por un tiempo la Escuela Homeopática (Canto, 1999: 11).

El proyecto de fundación del AGEY finalmente fructificó durante el gobierno de Ernesto Novelo Torres. Piedra angular de ello fue el periodista e historiador Juan de Dios Pérez Galaz, un joven yucateco que, como secretario del gobernador campechano Héctor Pérez Martínez, había desempeñado un papel fundamental en la fundación del Archivo Público de la entidad vecina. Terminado su compromiso en Campeche, el joven historiador aceptó la invitación de Novelo Torres y se hizo cargo, con gran actividad, de la concentración de la documentación dispersa, así como de su organización y de la adquisición del mobiliario e insumos básicos. En pocos meses, el primer director del AGEY reunió la documentación de los tres poderes del Estado, así como de los municipios de Valladolid, Motul, Temax, Espita, Izamal y Tekantó (Acereto, 1977: III, 385-386). Finalmente, a través de Ley Orgánica, promulgada el 31 de julio de 1945, el AGEY obtuvo su personalidad jurídica como dependencia del Poder Ejecutivo (Santiago, 2017: 446). En aquel momento, la plantilla estaba conformada en su totalidad por el director, dos técnicos y un oficial de servicios (Canto, 1999: 11).

Pérez Galaz cumplió con su encomienda y, al término del mandato de Novelo Torres, se trasladó a la Ciudad de México para colaborar en la secretaria de gobernación con Pérez Martínez. El AGEY quedó acéfalo por algunos meses hasta que, a principios de 1947, el gobernador José González Beytia nombró en el cargo a Saúl Andrade, quien durante años había dirigido el Registro Civil. Andrade, encabezando el mismo equipo formado por su antecesor, se dedicó por los siguientes cuatro años a reunir y trasladar la documentación histórica de otros 30 municipios, entre los que destacan Mérida, Peto, Tekax, Ticul, Tixkokob, Tizimin y Umán. Andrade fue ratificado como director por los gobernadores Tomás Marentes, Víctor Mena Palomo, Agustín Franco Aguilar y Luis Torres Mesías, pero no recibió respuesta a sus constantes solicitudes de recursos financieros, materiales y humanos. Ante ello, el AGEY enfrentó el reto de un edificio en deplorables condiciones y carente de servicios básicos, así como con documentación desorganizada y apilada en muebles desvencijados, incluso en el piso. En esas

5 La extraordinaria labor científica y cultural de Alfredo Barrera Vásquez se encuentra bien documentada y ha sido públicamente reconocida. Al caso, ver Arzápalo, 1984: 387-396; y Llanes, 2009: 33-58.



circunstancias, y tras 19 años al frente de la institución, Andrade se vio obligado a pedir licencia por motivos de salud, siendo sustituido por Luis López Rivas, con quien la situación dio un giro altamente favorable, dada su buena relación con el gobernador Torres Mesías, quien ordenó de inmediato la adquisición de mobiliario moderno y adecuado, así como el aumento de hasta a seis empleados en la plantilla del Archivo. Con las nuevas condiciones, y bajo el dedicado liderazgo personal de López Rivas, el AGEY logró una primera organización básica de su acervo, y atendió las primeras consultas formales de investigadores locales, nacionales y extranjeros. Ratificado por los gobernadores Carlos Loret de Mola y Francisco Luna Kán, a López Rivas le tocó integrar el AGEY a los nuevos rumbos de la archivística nacional, en coordinación con el AGN, como parte del Sistema Nacional de Archivos. Como reflejo de estos avances, surgió la división fundamental del acervo, subsistente hasta la fecha, en Archivo Histórico y Archivo de Concentración. Durante su gestión, en agosto de 1981, nuestra institución vivió su primer cambio de sede, al trasladarse a un edificio en las afueras de la ciudad, rodeado de industrias contaminantes y que, pese a haber sido construido *ex profeso*, resultó disfuncional y, en poco tiempo, insuficiente. Poco después de este cambio, López Rivas enfermó de gravedad y falleció, como director en funciones, el 30 de agosto de 1982 (Canto, 1999: 13-14).

No se registraron cambios significativos en la institución durante el breve gobierno del Gral. Graciliano Alpuche Pinzón (1982-1984), periodo en el que ejercieron la dirección Hernando Lugo Gruintal, por unos cuantos días, y Beatriz Reyes Campos, por algunos meses; el escenario varió de manera importante durante el interinato del Sr. Víctor Cervera Pacheco (1984-1988), quien, si bien dejó vacante la dirección, encargó al escritor Juan Duch Collé la coordinación del “Programa de Reorganización del Archivo General del Estado” a fines de 1985. Duch, quien mantuvo esa responsabilidad hasta febrero de 1988, logró incrementar hasta a 10 plazas el personal, así como la promulgación de la Ley del Sistema Estatal de Archivos, su reglamento, y el reglamento del AGEY, ordenamientos que continúan vigentes, y que designan a la institución como órgano coordinador y promotor de la archivística yucateca (Canto, 1999: 14).

En febrero de 1988 asumió la dirección del Archivo el Sr. Hernán Rosas Novelo, por nombramiento del gobernador Víctor Manzanilla Schaffer. El nuevo director se avocó al crecimiento y capacitación del personal, así como a establecer una política de conservación. En estos rubros, su gestión fue exitosa, pues la plantilla tuvo su mayor crecimiento histórico, al pasar de 10 a 20 empleados; se logró la renovación de la estantería metálica, se establecieron las fumigaciones periódicas y se inició, de un modo modesto pero significativo, la instalación de un taller de restauración de papel. A fines de 1990, el AGEY se trasladó a su tercera y definitiva sede, en los antiguos pabellones del Hospital O’Horan, a poco



más de un kilómetro al poniente de la Plaza de Armas de la ciudad de Mérida, un espacio más digno, mejor equipado y con áreas más adecuadas que el edificio de la Ciudad Industrial. La apertura del nuevo local, presidida por el gobernador, tuvo lugar el 5 de febrero de 1991, en lo que fue uno de los últimos actos de la gestión del Lic. Manzanilla como Jefe del Ejecutivo yucateco (Canto, 1999: 14-15).

La nueva gobernadora, Licda. Dulce María Sauri Riancho, nombró como directora a la Dra. en Antropología Piedad Peniche Rivero, quien tomó posesión en abril de 1991 y se mantuvo en el cargo hasta mayo de 2013, habiendo sido ratificada por los gobernadores Federico Granja Ricalde (1994-1995), Víctor Cervera Pacheco, en su segunda gestión (1995-2001), Patricio Patrón Laviada (2001-2007) e Ivonne Ortega Pacheco (2007-2012). Con Peniche Rivero al frente, el AGEY alcanzó los más altos estándares de organización técnica y administrativa, convirtiéndose en uno de los archivos más desarrollados del país. Se logró la profesionalización del personal, la instalación en forma del taller de restauración de papel, se expandieron y fortalecieron los servicios de consulta, se digitalizaron las secciones documentales más demandadas, se gestó una importante producción editorial, se clasificaron y catalogaron millones de piezas documentales y se estableció una estricta política de conservación. Asimismo, se homogeneizaron y regularon los procesos técnicos de transferencia, expurgo, depuración y eliminación, y se capacitó a cientos de archivistas de toda la entidad. Durante su larga y fructífera gestión, nuestra institución participó de un modo especialmente significativo en la vida archivística del país, como líder indiscutible de la región sur-sureste de México. También se impulsaron las políticas de transparencia y acceso a la información, aunque hay que reconocer que en este rubro en Yucatán, como en todo el país, aún no se ha avanzado mucho. Subsistió, empero, un gran pendiente en cuanto a la retribución económica del personal en prácticamente todos los niveles, mal que aqueja a todo el sector archivístico nacional, así como también al común de la burocracia yucateca.⁶

Durante el gobierno de Rolando Zapata Bello ocuparon la dirección del AGEY la Licda. Fabiola Cortés Cachón (2013-2014), el Dr. Iván Batún Alpuche (2014-2015) y el Mtro. Enrique Sosa Mendoza (2015-2018). En octubre de 2018, el gobernador Mauricio Vila Dosal (2018-2024) nombró como directora a la Licda. Paloma Angulo Suárez, quien se desempeña actualmente en el cargo. Durante sus gestiones, se han mantenido la calidad de los servicios, así como la profesionalización de su personal y la modernización de los elementos tecnológicos, en un entorno de mayor demanda tanto de la administración pública, como de académicos, investigadores y de la ciudadanía en general.⁷

6 Este tema, toral en el desarrollo de instituciones archivísticas modernas, será objeto de un estudio particular, que presentaremos en breve.

7 Como se plasma a lo largo de este trabajo, el AGEY se ha logrado consolidar como una ins-



El acervo documental más importante del sureste de México

Con el impulso de su fundación, el AGEY concentró la mayor parte de la documentación histórica generada —que había sobrevivido casi milagrosamente a los terribles avatares ya reseñados— por los tres poderes y algunos de los municipios más importantes del estado. Sin embargo, no se implantó una dinámica de transferencia, y sólo de manera esporádica llegaron nuevos conjuntos documentales en los siguientes 37 años. Fue hasta el gobierno de Dulce María Sauri Riancho cuando se estableció un flujo constante y cotidiano de documentación de las diversas dependencias gubernamentales y otras instancias hacia la mayor institución archivística del sureste de México. Actualmente, el Archivo Histórico integra 10 fondos documentales, que corresponden a los poderes —como se explicará, el poder judicial se divide en dos fondos—, el nivel municipal —que contiene documentación de 37 de los 106 municipios del estado—, así como cinco fondos especiales: el correspondiente al Archivo Notarial, dos procedentes de los ferrocarriles yucatecos, el Fondo Rita Cetina Gutiérrez, que reúne documentación personal de esta distinguida profesora, y el Fondo Colonial, integrado por los documentos procedentes de los tiempos de la dominación española. A continuación presentamos una breve síntesis de estos diez conjuntos documentales.

Fondo Colonial

De toda la documentación producida por el régimen colonial español, en el AGEY se conservan apenas y poco menos de mil expedientes -937 para ser exactos-, correspondientes, en su mayor parte, a la última década del siglo XVIII y las dos primeras del siglo XIX. La información es extraordinariamente variada: lo mismo hay algunos testamentos de miembros de la oligarquía, que asuntos pequeños, como minúsculos robos o simples acuses de recibo. Es imposible, pues, basar en estas fuentes una investigación de gran envergadura, pero, en cambio, sí se constituye en un conjunto documental complementario a otros repositorios yucatecos o con documentación sobre Yucatán, como el Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Yucatán, el Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán, el AGN, el Archivo Nacional de Cuba, el Archivo General de Indias y el Archivo General de Simancas, principalmente. Algunos documentos de especial relevancia son los padrones levantados entre 1809 y 1811, 72 copiadore de correspondencia de gobernadores y otros funcionarios, todos de principios del siglo XIX, 134 documentos judiciales del período 1790-1821, 138 testamentos correspondientes al período 1763-1824, en donde encontramos

titución modelo en su tipo en el país. Sin embargo, el nombramiento de cuatro directores en los últimos siete años, todos ellos con perfiles distintos y sin experiencia previa en el ramo, es un dato realmente significativo y perturbador. Si bien la estructura de la institución se ha mantenido, esta política administrativa, que nos sigue afectando como país al carecerse de un servicio civil de carrera, limita sin duda sus posibilidades de desarrollo.



representación de varios grupos sociales. El Fondo se encuentra descrito y digitalizado en su totalidad.

Fondo Poder Ejecutivo

Históricamente en Yucatán, como en todo México, el Poder Ejecutivo ha sido la instancia de mayor peso político, pese a la división tripartita marcada por sus diversas constituciones. Por ello, no es de extrañarse que la documentación de este fondo sea la más amplia, diversa y significativa del Archivo. Podemos dividirla, a grandes rasgos, en dos grandes sectores: el Fondo Poder Ejecutivo en general, con una cronología de 1822 a 1967, y los grupos documentales que, si bien se adscriben a este fondo, tienen una organización y una localización topográfica independiente, y que son un total de once.

Fondo Poder Ejecutivo (general)

La documentación de este sector del fondo es, en su enorme mayoría, la que fue reunida en 1944, cuando la fundación del AGEY, complementada por las transferencias realizadas desde diversas oficinas durante la gestión de Luis López Rivas. La información, entonces, es muy variada, y cubre la temporalidad de 1822 a 1967. Se encuentra descrita y digitalizada la que corresponde al período 1822-1885 (33,622 expedientes), y únicamente descrita la correspondiente a 1886-1892 y 1915-1924 (35,537 expedientes). Los documentos de los períodos 1893-1914 y 1925-1967 carecen de una descripción detallada, y se consultan por cajas, ordenadas cronológicamente. Los expedientes documentales son abundantes para la segunda mitad del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, disminuyendo sensiblemente fuera de estas cronologías.

Una gran parte de la vida administrativa del estado está, pues, contenida en este sector del fondo, así como una porción significativa de la vida económica y social. Solicitudes ciudadanas de diversa índole, tanto de empleados públicos como de sujetos de todas las condiciones sociales, así como las respuestas gubernativas a dichas solicitudes, se encuentran aquí. Asimismo, aquí se ubican testimonios de diversas acciones del gobierno, tanto en su actuar cotidiano como en circunstancias extraordinarias, entre las que podemos mencionar la inestabilidad política de la primera mitad del siglo XIX, los hechos relacionados con la Guerra de Castas –incluyendo algunas cartas de los líderes más destacados del movimiento–, el desarrollo de actividades económicas agrícolas, ganaderas, comerciales e industriales, las siempre complejas relaciones con la Iglesia Católica, así como la llegada de nuevos credos, los avances y retrocesos de la educación pública, la dinámica poblacional, la llegada, combate y estragos ocasionados por epidemias y fenómenos naturales, como huracanes y sequías. Prácticamente no hay rubro de la vida pública de Yucatán que no se encuentre reflejado en los casi



70 mil expedientes clasificados y las cientos de cajas sin clasificar –con otros tantos miles de legajos- que integran este riquísimo fondo. Decenas de investigaciones académicas, publicadas y para la obtención de grado, tanto en México como en el extranjero, así lo atestiguan. Y pese a ello, podemos afirmar que la mayor parte de su documentación aún permanece inexplorada.

Sección Comisión Reguladora del Mercado de Henequén:

Desde el último cuarto del siglo XIX, el henequén se convirtió en la mayor actividad económica del estado. Al ser un mercado de materias primas dominado por un solo comprador, su gestión fue especialmente compleja, y aunque fue llamado el “oro verde”, lo cierto es que provocó tanto la fortuna como la ruina de cientos de empresarios de la fibra. En ese contexto, en 1912, un grupo de hacendados, con el apoyo del gobierno local, fundaron la Comisión Reguladora del Mercado de Henequén, un organismo cuya función era defender los intereses de los productores en un mercado hostil. Vivió su época dorada durante el gobierno de Salvador Alvarado, quien magistralmente aprovechó la coyuntura de la Primera Guerra Mundial para subir el precio y obtener inmensas ganancias. Pero, al término del conflicto, el monopolio comprador norteamericano logró malbaratar la fibra y, con ello, arruinar a la Reguladora, que desde aquel entonces entró en un larguísimo proceso de liquidación. Los documentos de esta sección (274 libros y 633 expedientes, período 1912-1972) dan cuenta de esta interesante historia.

Sección Departamento Médico Legal:

En el año 2000, la entonces Procuraduría General del Estado transfirió al AGEY 166 libros del Departamento Médico Legal, hoy conocido como Servicio Médico Forense. En años siguientes fueron transferidos otros 106 libros, hasta completar los 272 volúmenes de este grupo, cuya temporalidad es de 1904 a 1951. Fundamentalmente contiene dictámenes periciales rendidos por los médicos legistas en el examen de lesiones recibidas por personas vivas o muertas con motivo de accidentes, delitos y fallecimientos inesperados o sin causa aparente. La información de esta sección es, en muchos casos, complementaria de los documentos de índole penal de los Fondos Justicia y Poder Judicial.

Sección Dirección General del Catastro:

Como parte del ordenamiento territorial propio de la administración pública moderna, surgieron en el país las oficinas catastrales a principios del siglo pasado. En 2003, la Dirección General del Catastro, dependiente en aquel entonces de la Secretaría de Hacienda estatal, transfirió al AGEY 2,179 libros con expedientes catastrales de propiedades urbanas y rurales de todos los municipios de Yucatán, con temporalidad de 1903 a 1985. A través de ellos podemos obtener un panorama



muy completo de los cambios de uso del suelo, surgimiento, expansión y cierre de negocios mercantiles, industriales y agropecuarios, compra-venta de propiedades, y todo tipo de modificaciones a la tenencia y usufructo de propiedades inmuebles durante el siglo XX en Yucatán. Esta sección se puede perfectamente complementar con la información de la sección Registro Público de la Propiedad, así como del Fondo Archivo Notarial y, en muchos casos, con los expedientes civiles y penales de los Fondos Justicia y Poder Judicial.

Sección Escuela Normal “Rodolfo Menéndez de la Peña”:

En 1868 se fundó en Mérida la Escuela Normal de Profesores, primera en su tipo en Yucatán. 62 años después, en 1930, el Congreso del Estado le impuso el nombre de “Rodolfo Menéndez de la Peña”, como homenaje a un destacado educador que la dirigió durante muchos años. Esta sección, una de las de más reciente transferencia al AGEY, contiene, en 193 volúmenes encuadernados, una parte significativa de su administración escolar, con una cronología de 1877 a 1955. Es complementaria de información contenida en el sector general del Fondo Poder Ejecutivo.

Sección Hospital “Agustín O’Horan”:

Esta pequeña sección, conformada por 19 libros del período 1891-1982, de transferencia muy reciente, documenta algunos de los aspectos administrativos de la gestión del hospital público más importante del estado. Como curioso antecedente, el actual edificio del AGEY formó parte de las instalaciones originales de esta antigua y emblemática institución.

Sección Impresos:

Si bien la documentación procede del Poder Ejecutivo, en muchos casos se trata de documentos enviados por los poderes federales, o por gobiernos, tribunales y congresos de otros estados de la república. En su mayoría son decretos, reglamentos y ordenamientos diversos, aunque también se hallan proclamas políticas, documentos comerciales y privados, tanto nacionales como estatales, del período 1815-1967, siendo en total 827 expedientes, todos debidamente descritos.

Sección Junta Superior de Sanidad:

La Junta Superior de Sanidad fue la dependencia del Poder Ejecutivo a cargo de gestionar lo referente a la salud pública desde fines del siglo XIX y hasta el surgimiento, primero, de la Dirección General de Salubridad, y, posteriormente, de la Secretaría de Salud. Esta sección fue transferida recientemente, y consta de 233 libros, en su mayor parte copiadores de oficios relacionados con diversas actuaciones gubernativas en la materia. Su temporalidad es de 1891 a 1961. Esta



sección es complementaria de información del ramo resguardada en el Fondo Poder Ejecutivo en su sector general.

Sección Libros complementarios:

Durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX era común en las oficinas de gobierno encuadernar volúmenes con copias manuscritas o mecanoescritas de los documentos generados y recibidos. Ese es el origen de los 467 libros de esta sección, que abarcan una temporalidad de 1825 a 1949. Su temática es muy variada, destacando los referentes a leyes, decretos, reglamentos y demás disposiciones normativas, actas de consejo de diversas instituciones, correspondencia sobre salud pública, beneficencia, educación, milicia, administración de justicia, hacienda y asuntos eclesiásticos.

Sección Planos del Ramo Tierras:

Por sus dimensiones y características especiales, estos documentos fueron separados de sus secciones originales tiempo atrás, para poder resguardarlos en mejores condiciones de conservación. Se trata de 516 planos de haciendas, ejidos, pueblos, terrenos rurales y urbanos, así como de edificios y predios de distinta índole. Aunque muchos carecen de datación específica, abarcan una temporalidad de 1836 a 1936.

Sección Registro Civil:

Desde su fundación, el AGEY resguarda los duplicados de los libros del Registro Civil de las oficialías sitas en el municipio de Mérida. A partir de 2001, tras trasladarse la Dirección General del Registro Civil a su nueva sede, decidió transferir los libros duplicados de las demás oficialías, hasta el año de 1900. Esta sección, integrada por 9,424 libros, contiene información de nacimientos, tutelas, matrimonios y defunciones del siglo XIX, a partir de 1861, año en el que el presidente Benito Juárez creó esta institución a nivel nacional. Es sumamente consultada, además de por investigadores, por la población en general, pues en muchos casos las oficialías locales ya no cuentan con sus libros originales, y los aquí resguardados constituyen la única prueba de estos trascendentes actos.

Sección Registro Público de la Propiedad:

En el año 2000, la Dirección General del Registro Público de la Propiedad y del Comercio transfirió al AGEY 2,047 libros antiguos, un conjunto conocido como “el extinto”. En años posteriores fueron trasladados otros 49 libros, para complementar el grupo, que abarca una temporalidad de 1633 a 1958. Algunos de los libros más antiguos son en realidad protocolos notariales, sin que realmente se pueda precisar cómo es que fueron depositados en esta oficina. El grupo



documental contiene información sobre inscripciones, enajenaciones, hipotecas y embargos de propiedades rurales y urbanas de todo el estado, títulos de propiedad, títulos hipotecarios, interdicciones, conformación de sociedades mercantiles, industriales, agropecuarias y financieras. Su información se complementa con la sección Dirección General del Catastro, así como con los Fondos Archivo Notarial, Justicia y Poder Judicial.

Fondo Congreso del Estado

Este es uno de los grupos documentales que se integró al AGEY desde su fundación, y no ha recibido nuevas transferencias, ya que actualmente el Poder Legislativo resguarda su propia documentación. Está constituido por 7,933 expedientes y 225 libros, que cubren el período de 1823 a 1946. Contiene, además de las leyes, decretos y reglamentos que integran la vida legislativa de Yucatán, la relatoría de las sesiones públicas y secretas de este cuerpo colegiado, lo que incluye interesantísimas discusiones entre las diversas facciones políticas que lo integraron. Todo el fondo se encuentra descrito y digitalizado.

Fondo Justicia

Es también uno de los grupos documentales originales del AGEY, así como uno de los más extensos y consultados. Hasta el momento se ha clasificado la documentación del período 1821-1925; un total de 121,600 expedientes, de los que 71,577 pertenecen al ramo civil, y los restantes 50,023 al ámbito penal, lo que representa aproximadamente el 90 por ciento del total del fondo, cuya cronología concluye en 1938. Su información es de extraordinaria relevancia para analizar los diversos procesos sociales, económicos y políticos que afectaron a la población yucateca a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Este fondo ha sido la base de una importante cantidad de investigaciones de gran calado, particularmente referidas al Porfiriato y la Revolución Mexicana. Su información se complementa con la del Fondo Poder Judicial.

Fondo Poder Judicial

En 1994, por gestiones de la dirección del AGEY, el Tribunal Superior de Justicia del Estado, la máxima autoridad del Poder Judicial local, creó su propio Archivo General. Cuatro años después, y por diversas consideraciones, decidió transferir a nuestra institución su Archivo Histórico, debidamente descrito y organizado en 16,742 expedientes, correspondientes al período 1840-1966. La información corresponde a los tocos o decisiones del Tribunal sobre expedientes llevados a su jurisdicción por apelación de la sentencia original, por lo que, en muchísimos casos, es puntualmente complementaria de los documentos del Fondo Justicia.



Fondo Municipios

Este fondo es también de los que conformaron el AGEY al momento de su fundación, si bien, como se señaló con anterioridad, se fue reuniendo a lo largo de la siguiente década. Contiene documentación de un total de 37 municipios, como consta en el siguiente cuadro:

Cuadro 1: Documentos del Fondo Municipios

Municipio	Volumen	Temporalidad
Abalá	218 expedientes, 35 libros	1877-1947
Acanceh	62 expedientes, 37 libros	1871-1940
Akil	218 expedientes, 37 libros	1896-1940
Calotmul	6 expedientes, 17 libros	1888-1944
Cansahcab	136 expedientes, 54 libros	1866-1947
Celestún	139 expedientes	1935-1940
Conkal	173 expedientes, 21 libros	1869-1936
Chicxulub	295 expedientes	1873-1945
Chocholá	51 libros	1877-1942
Dzan	6 libros	1933-1950
Espita	375 expedientes, 160 libros	1850-1942
Homún	66 expedientes	1933-1939
Izamal	477 expedientes, 103 libros	1824-1942
Kaua	55 expedientes, 7 libros	1932-1945
Maní	10 libros	1898-1936
Mérida	80 expedientes, 106 libros	1840-1950
Mocochá	4 expedientes, 24 libros	1890-1949
Motul	756 expedientes, 114 libros	1833-1942
Muna	18 expedientes, 7 libros	1930-1940
Peto	68 libros	1902-1941
Samahil	25 expedientes, 7 libros	1920-1940
Sanahcat	24 libros	1924-1941
Sinanché	12 libros	1898-1941
Sotuta	269 expedientes, 73 libros	1872-1940
Suma	8 expedientes	1945-1947
Teabo	217 expedientes, 26 libros	1897-1945
Tekantó	14 expedientes, 26 libros	1903-1928
Tekax	160 expedientes	1927-1935
Telchac Pueblo	9 expedientes, 31 libros	1897-1940
Temax	558 expedientes, 44 libros	1881-1937
Ticul	1,624 expedientes, 102 libros	1803-1936



Tixkokob	294 expedientes	1870-1935
Tixpéual	11 libros	1930-1947
Tizimín	53 expedientes, 2 libros	1931-1944
Umán	42 expedientes	1943-1946
Valladolid	927 expedientes, 81 libros	1881-1944
Yaxkukul	294 expedientes	1883-1950

Lo relevante de este conjunto documental, cuyo volumen y cronología varía de un municipio a otro, es que representa, en la mayoría de los casos, la única fuente original de información de origen municipal con la que se cuenta. Se documentan ampliamente situaciones de la vida económica, política y social de cada comunidad. Si bien su descripción adolece en ocasiones de un exceso de generalidad, todo el fondo se encuentra organizado y clasificado. Su información es complementaria de la que se localiza en el sector general del Fondo Poder Ejecutivo.

Fondo Archivo Notarial

En el año de 1998, por gestiones de la dirección del AGEY ante el entonces gobernador, Sr. Víctor Cervera Pacheco, se dispuso la transferencia de los protocolos notariales históricos resguardados por el Archivo Notarial, una dependencia de la Secretaría General de Gobierno. En aquel entonces fueron trasladados 436 libros, correspondientes al período 1689-1899. Posteriormente se le dio continuidad a esta transferencia, con la llegada de una mayor cantidad de volúmenes, 2,754 para ser exactos, que abarcan la cronología de 1724 a 1925. Dado que el primer conjunto ya se había descrito y digitalizado, se tomó la decisión técnica de no integrarlos, sino de manejarlos por separado, si bien ambos constituyen este voluminoso y riquísimo fondo.

En estos 3,190 volúmenes, cada uno con un promedio de 600 fojas útiles, encontramos una extraordinaria cantidad y variedad de actos sometidos a la fe pública, entre los que destacan testamentos, hipotecas, compra-venta de muebles e inmuebles, contratos, constitución, desarrollo y liquidación de sociedades y asociaciones de diverso tipo. La información de este fondo es complementaria de la correspondiente a los Fondos Justicia y Poder Judicial, así como a las secciones Dirección General del Catastro y Registro Público de la Propiedad, del Fondo Poder Ejecutivo.

Fondo Ferrocarriles Yucatecos

En 1998 se procedió a la privatización de las empresas ferrocarrileras del país. En el caso de Yucatán y la región sureste, el gobierno federal se deslindó de la



documentación histórica producida por esta actividad, siendo rescatada por el AGEY. De esta manera surgió este fondo, integrado por 7,881 expedientes, correspondientes al período 1871-1997.

Si bien los ferrocarriles mexicanos tuvieron una notable importancia en el desarrollo económico del Porfiriato, y conservaron su alta significación durante la primera mitad del siglo XX, los ferrocarriles yucatecos tienen una preponderancia muy particular, pues fueron los únicos en todo México que se construyeron con capital local, vinculado al “boom” de la industria henequenera. De ahí la trascendencia de este fondo, que ha sido hasta el momento muy poco estudiado. Se complementa con el Fondo Archivo Histórico del Museo de los Ferrocarriles de Yucatán, transferido al AGEY en 2012.

Fondo Archivo Histórico del Museo de los Ferrocarriles de Yucatán

En el año 2002 se fundó en la ciudad de Mérida este museo, que en un principio conservó documentación histórica que le fue donada por el Museo Nacional de los Ferrocarriles Mexicanos, sito en Puebla. En su momento, el Museo de los Ferrocarriles de Yucatán, con apoyo de la Asociación para el Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México (ADABI), organizó y describió su acervo, consistente en 7,847 expedientes del período 1870-1989. En 2012, por decisión de su cuerpo directivo, ante las dificultades para mantenerlo en operación, el conjunto documental fue transferido al AGEY, convirtiéndolo en un fondo plenamente complementario del Fondo Ferrocarriles Yucatecos.

Fondo Rita Cetina

La profesora, periodista y escritora Rita Cetina Gutiérrez es una de las mujeres más emblemáticas de la entidad, ya que a fines del siglo XIX y principios del siglo XX promovió la participación femenina en ámbitos en los que en ese entonces estaba vedada. Por ello es considerada una de las precursoras nacionales de las luchas feministas. Su familia donó al AGEY su archivo personal, integrado por 42 documentos del período 1841-1953, que dan cuenta de aspectos de su vida familiar, profesional y literaria, así como de algunos homenajes realizados en su memoria.

La actualidad del AGEY: difusión y servicios al público

Desde su fundación, el AGEY ha sido un importante baluarte en la difusión del conocimiento de la historia de Yucatán, así como de la divulgación de sus importantes fondos documentales entre investigadores y público en general. En 1945, Juan de Dios Pérez Galaz publicó una columna semanal en *Diario del Sureste*, uno de los principales cotidianos de aquel tiempo, titulada “Documentos del Archivo General de Yucatán”, en donde daba a conocer, con breves comentarios, un



documento del acervo. Varias décadas después, sin conocer este antecedente, la Dra. Piedad Peniche y algunos de sus colaboradores mantuvieron durante meses, con el cobijo de todos los periódicos diarios de Yucatán, la serie “Los Tesoros del Archivo General del Estado”. Una selección de la misma se publicó en 1993 con el título *Tesoros del Archivo*, (Peniche, Canto y Solís, 1993) una de las primeras publicaciones de un importante conjunto de libros académicos, entre los que podemos mencionar *Centenario del Palacio de Gobierno*, (Gobierno del Estado de Yucatán, 1992) la sección “Yucatán” del *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, (Secretaría de Gobernación, 1991-1994) la ya mencionada *Guía General del Archivo Histórico y Los aguafiestas: desafíos a la hegemonía de la élite yucateca, 1876-1910*. (Peniche y Escalante, 2002). Estas acciones se han mantenido más recientemente con la organización de exposiciones y conferencias sobre diversas temáticas de nuestra historia, destacando el importante papel que el Archivo desempeñó durante las actividades conmemorativas del centenario del inicio del gobierno revolucionario del Gral. Salvador Alvarado, que se celebró en 2015. También se ofrecen cursos, talleres y visitas guiadas a instituciones educativas de todos los niveles, con el fin de fortalecer el conocimiento histórico y la valoración de nuestro patrimonio documental.

Como parte de sus responsabilidades administrativas, el AGEY organiza anualmente decenas de cursos, talleres y acciones de asesoría dirigidas a responsables de archivos administrativos y de concentración de los tres poderes, tanto en el ámbito estatal como en el municipal. Estas acciones también han impactado la formación de profesionales, como el caso de los programas de Licenciatura en Historia, impartido por la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán, y de Licenciatura en Bibliotecología y Gestión de la Información, impartido por la Universidad de Oriente.

En cuanto al servicio de consulta, este se ofrece exclusivamente en sala, de lunes a viernes de 8 a 15 horas. En la actualidad se atiende a un promedio mensual de 200 consultantes locales, nacionales y extranjeros. En el portal electrónico del AGEY (AGEY (2020)) están disponibles catálogos e inventarios totales y parciales de todos sus fondos, lo que permite al interesado de cualquier parte del mundo obtener un amplio panorama de la documentación a la que puede acceder en sala.

Los retos de la conservación

Cumplir con la responsabilidad de organizar, custodiar y difundir la documentación histórica de Yucatán entraña también enfrentar un reto mayúsculo: nuestro clima es particularmente adverso para prácticamente todos los soportes en los que se encuentra la información. En cambio, es muy favorable para el desarrollo y expansión de la termita, uno de los más antiguos, peligrosos y voraces enemigos



del papel (Jiménez, 2015: 2, 7, 61-62, 137). Esta complicada combinación de factores, que indudablemente sufren todos los acervos documentales de la región, ha recibido una respuesta firme por parte del AGEY.

Para comprender la magnitud de este reto es necesario recordar que la documentación que el Archivo conserva desde hace 75 años sobrevivió a siglos de dispersión, desorganización, catástrofes naturales y sociales, efectos del clima y ataques de diversos microorganismos. Y aún después de ser rescatada y conjuntada, durante más de 40 años se mantuvo en condiciones notoriamente insuficientes de conservación, las cuales sólo comenzaron a cambiar a partir de 1988, y, con mucha mayor eficiencia, desde 1991. Desde este último año, establecido el AGEY en su actual sede, existe un eficiente taller de restauración, que además de vigilar la estricta aplicación de políticas de conservación preventiva en todas las áreas, se dedica a la minuciosa labor de reintegrar, estabilizar y recuperar para su uso, aquellos materiales que han sido afectados. Después de casi treinta años de funcionamiento, este taller ha restaurado alrededor de 50 mil fojas documentales de los siglos XVII al XX, constituyéndose en uno de los más productivos de todo México.

En la actualidad, y desde hace más de 20 años, todos los grupos documentales del Archivo Histórico se encuentran en condiciones climáticas óptimas y estables, dispuestos en estantería metálica fija, protegidos por guardas de primer y segundo nivel eficientes. Además de practicarse las políticas de conservación convencionales (fumigación periódica, revisión física sistemática, control de clima, prevención de incendios, archivo físico siguiendo los estándares internacionales, reprografía controlada, restricción al acceso público de documentos originales),⁸ el personal directivo y operativo que gestiona el acervo cuenta con muy amplios conocimientos, experiencia y consciencia, que sin duda garantizan el manejo profesional de su valiosísimo patrimonio.

El AGEY y el acceso a la información

En mayo de 2004, el entonces gobernador, Sr. Patricio Patrón Laviada, promulgó la Ley de Acceso a la Información Pública para el Estado y los municipios de Yucatán, correspondiente a la Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública Gubernamental, promulgada por el gobierno federal en junio de 2002. La ley estatal estableció claramente la responsabilidad del AGEY para su implementación, al señalar expresamente en su artículo 38 que “Corresponderá al Archivo General del Estado elaborar los criterios para la organización de archivos. Dichos criterios tomarán en cuenta los estándares internacionales

⁸ Sobre los estándares internacionales para la conservación de archivos históricos, ver Bello y Borrels, 2008: 115-135.



en la materia, los cuales podrán ser adoptados por los sujetos obligados”⁹. Sin embargo, aquella primera ley tuvo poco impacto en la realidad archivística de la administración pública yucateca, ya que las diversas dependencias, en términos generales, mostraron escaso interés en elaborar los instrumentos de organización, y tampoco se aplicaron de manera estricta los plazos señalados para dar cumplimiento con las disposiciones legales. Justo doce años después, en mayo de 2016, se promulgó una nueva ley en la materia, pero en ella la atención al archivo fue aún menor, ya que tan solo se mencionó en el transitorio tercero, que dejó subsistentes las disposiciones de la ley anterior, hasta “en tanto no se expida la Ley General en materia de Organización y Administración Homogénea de los Archivos”¹⁰, misma que efectivamente fue expedida en junio de 2018 con el nombre de Ley General de Archivos, pero cuyas disposiciones continúan siendo genéricas y poco aterrizadas a la realidad.¹¹ Se está a la expectativa de la promulgación de una ley estatal de archivos, en cuya elaboración ha participado el AGEY, pero que aún está lejos de presentarse al Poder Legislativo.

A pesar de las limitaciones jurídicas y administrativas, el AGEY está respondiendo a estas nuevas responsabilidades. La mayor parte de sus actuales acciones de capacitación y asesoría se vinculan con la transparencia y el acceso a la información, y ha puesto a disposición de las diversas dependencias los lineamientos básicos para la clasificación y disposición documental. Encara, sin embargo, enormes desventajas en el cumplimiento de esta tarea: la falta de personal capacitado, la carencia de recursos materiales y financieros, y la ausencia de una auténtica cultura de transparencia en todos los niveles de la administración pública. Quien desempeña la función archivística en las distintas oficinas generalmente carece hasta de las más mínimas nociones técnicas sobre gestión documental y, más grave aún, no vincula los materiales que maneja cotidianamente con la construcción de la historia de su propia sociedad. Enfrentar estos obstáculos es, muy probablemente, el gran desafío para los archivos históricos en el siglo XXI.

Conclusiones

A 75 años de su fundación, el AGEY ha pasado por diversas etapas, algunas de expansión y otras de olvido, pero ha logrado convertirse en una institución sólida, eficiente y comprometida con las funciones esenciales de los archivos. Su Archivo Histórico ha superado rezagos y carencias, y es en la actualidad un modelo nacional en materia de organización, conservación y difusión del patrimonio histórico documental. Los cambios políticos, que en el pasado ocasionaron auténticos terremotos y colapsos, hoy transcurren sin mayores afectaciones. La labor de personas talentosas y entregadas, como Juan de Dios Pérez Galaz –director

9 *Diario Oficial del Estado*, 31 de mayo de 2004.

10 *Diario Oficial del Estado*, 2 de mayo de 2016.

11 *Diario Oficial de la Federación*, 15 de junio de 2018.



fundador-, Luis López Rivas –gran organizador- y Piedad Peniche Rivero –quien profesionalizó los procesos archivísticos-, construyó la estructura incólume que es actualmente orgullo y compromiso para la administración pública yucateca.

Los grupos documentales de este rico acervo han aportado ya decenas de productos de primerísimo orden. Obras monumentales, tesis académicas y artículos extensos y breves han sido elaborados por un gran número de sus consultantes. La labor minuciosa y paciente de decenas de archivistas facilita esa producción de un modo invaluable, pero aún quedan cientos de miles de legajos intocados, a la espera de intrépidos descubridores de misterios y tesoros. La aventura de la investigación histórica se vive ahí, en el AGEY, de manera continua y cotidiana.

Los logros han sido enormes, pero también los retos siguen siendo gigantes. Mantener las condiciones óptimas de conservación entraña costos cada vez más demandantes, ante el crecimiento del acervo y la implacable acción de sus enemigos naturales. Lograr archivos administrativos organizados y eficientes, capaces de responder a las exigencias de la transparencia y el acceso a la información, y, posteriormente, de nutrir de registros históricos a la actualidad, parece compromiso imposible en condiciones de austeridad, desinterés y desconocimiento. La tarea, en realidad, es de todos, y creo que los historiadores, que nos hemos beneficiado de los éxitos del AGEY, tenemos mucho que decir al respecto. ☸



Referencias

- ACERETO, ALBINO (1977). “Historia política desde el descubrimiento europeo hasta 1920”. En: *Enciclopedia Yucatanense*. México: Gobierno del Estado de Yucatán. Tomo III, pp. 5-388.
- AGUILERA, RAMÓN (2017). *Gestión de documentos y nuevos valores democráticos. Evolución e involución de los archivos públicos mexicanos*. México: Centro de Investigación y Docencia Económica.
- AMPUDIA, ENRIQUE (2017). *Institucionalidad y gobierno: un ensayo sobre la dimensión archivística de la Administración Pública*. México: Archivo General de la Nación.
- ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (2020). “Historia”, *Portal electrónico del Archivo General de Indias*. Recuperado de www.culturaydeporte.gob.es/cultura/areas/archivos/mc/archivos/agi/presentacion/historia.html
- ARCHIVO GENERAL DEL ESTADO DE YUCATÁN (2020). “Catálogos de documentos”, *Portal electrónico del Archivo General del Estado de Yucatán*. Recuperado de www.archivogeneral.yucatan.gob.mx/secciones/catalogo-de-documentos
- ARZÁPALO, RAMÓN (1984). “Alfredo Barrera Vásquez (1900-1980)”. *Estudios de Cultura Maya*, Vol. XV, pp. 387-396.
- BELLO, CARMEN y ÀNGELS BORRELS (2008). *Los documentos de archivo: como se conservan*. Gijón: Trea.
- CANTO, JORGE (1999). *Archivo General del Estado de Yucatán. Guía General del Archivo Histórico*. Madrid: Fundación Histórica Tavera/ Archivo General del Estado de Yucatán.
- CASTELLS, MANUEL (1996-1999). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. México: Siglo XXI. (Tres tomos).
- JIMÉNEZ, MILTON (2015). *Evaluación a la resistencia a la absorción de agua, ataque de termitas *nasutitermes corniger* y propiedades mecánicas de un material lignocelulósico*. Tesis de Maestría. Centro de Investigaciones Científicas de Yucatán. Mérida, Yucatán.
- LLANES, RODRIGO (2009). “La antropología aplicada de Alfredo Barrera Vásquez”, *Temas Antropológicos*, Vol. 31, Núm. 2, pp. 33-58.



- LÓPEZ, LUIS (1983). “El Archivo General del Estado de Yucatán”. En: Maritza Arrigunaga. *Catálogo de las fotocopias de los documentos y periódicos yucatecos en la biblioteca de la Universidad de Texas en Arlington*. Texas: Universidad de Texas en Arlington, pp. 33-34.
- NACIF, JORGE (2008). “El Archivo General de la Nación en la era de la apertura de la información pública en México”. *Desacatos*, Núm. 26, pp. 11-24.
- PENICHE, PIEDAD, JORGE CANTO y ROSA ELENA SOLÍS (1993). *Tesoros del Archivo*. Mérida, Yucatán: Gobierno del Estado de Yucatán.
- PENICHE, PIEDAD y FELIPE ESCALANTE (2002). *Los aguafiestas: desafíos a la hegemonía de la élite yucateca, 1876-1910*. Mérida, Yucatán: Archivo General del Estado de Yucatán.
- RAMÍREZ, JOSÉ ANTONIO (2019). *Los archivos históricos y la gestión documental*. México: Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales.
- RAMÍREZ, MERIZANDA, ARIEL SÁNCHEZ, DIANA BIRRICHA y LUZ BELTRÁN (2011). “El devenir histórico de la cultura archivística en México”. *Información, cultura y sociedad*, Núm. 24, pp. 1-16.
- RÍOS, ALEJANDRA (2015). “Gestión documental, archivos gubernamentales y transparencia en México”, *Estado, Gobierno y Gestión Pública*, Núm. 26, pp. 97-136.
- RUZ, RODOLFO (1990). “Los archivos del estado de Yucatán”. En: *Nuevos ensayos yucatanenses*. Mérida, Yucatán: Universidad Autónoma de Yucatán, pp. 31-40.
- SANTIAGO, ÉDGAR (2017). “Los archivos de Mérida la de Yucatán. Los fondos documentales de fines del período colonial”. En: Ana Carolina Ibarra (coord.). *La independencia en el sur de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/ Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor, pp. 437-458.
- SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN (1991-1994). *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana*. México: Secretaría de Gobernación/ Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. (Siete tomos).
- SULLIVAN, PAUL (1991). *Conversaciones inconclusas: mayas y extranjeros entre dos guerras*. México: Gedisa Editorial.





“La mejor colección yucateca del mundo”: breve historia de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona

“The best Yucatecan collection in the world”: a brief history of the Crescencio Carrillo and Ancona Library

Joed Amílcar Peña Alcocer Universidad de Oriente (México)

Eduardo Israel Huchim Noh Universidad de Oriente (México)

<https://orcid.org/0000-0002-5131-5833>

joed.alcocer@uno.edu.mx

<https://orcid.org/0000-0002-1862-5514>

eduardo.huchim@uno.edu.mx

Recibido: 23 de abril de 2020.

Aprobado: 9 de mayo de 2020.

Resumen

Este artículo presenta una breve historia de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona, desde su origen hasta la época más reciente. Se reconstruye su devenir institucional a través de la consulta de fuentes primarias y secundarias que articulan una narración sobre las diversas situaciones por las que ha atravesado su acervo, como pueden ser los cambios administrativos, el robo de documentos o la mejora en los procesos de gestión documental. De manera frecuente las instituciones dedicadas a la conservación y difusión del patrimonio documental dependen del Estado, no obstante, eso no ha significado la existencia puntual de registros históricos que permitan comprender el papel que han jugado en el desarrollo social, académico y cultural de su contexto.

Palabras clave: Patrimonio documental de Yucatán, Alfredo Barrera Vásquez, Mireya Priego López, Biblioteca Yucatanense, Intelectuales

Abstract

This article briefly discusses the history of the Crescencio Carrillo and Ancona Library, from the origin of the project to its current situation. We reconstruct their institutional evolution through primary and secondary sources to articulate a narrative about situations and processes that have affected their conservation or development, administrative changes, theft of documents and improvement in document management processes. Often, institutions dedicated to the conservation and diffusion of documentary heritage depend on the State, however, this does not mean that there are historical records on their historical, social, academic and cultural role.

Keywords: Documentary heritage of Yucatan, Alfredo Barrera Vásquez, Mireya Priego López, Yucatanense Library, Intellectuals

Investigar el pasado de las bibliotecas en Yucatán

La historia de los archivos y bibliotecas es la historia de la contingencia, el descuido y el cambio constante. La comunidad académica de historiadores yucatecos poco ha reparado en el estudio de la formalización institucional y organizacional de estas instituciones, procesos de los que se derivan sus funciones de selección, protección y difusión de la información-patrimonio. En los últimos años, el desarrollo de nuevos enfoques sobre la historia de los libros y la lectura ha permitido ampliar nuestro horizonte de comprensión sobre el papel de los documentos impresos en nuestra sociedad. Sin embargo, la historia de las bibliotecas es un campo aún ignoto, se trata de un vacío difícil de explicar si consideramos el elevado número de autores y obras que abordan la historia del libro o la imprenta.

Existe una ingente producción de estudios en México sobre la cultura libresco que nos ha permitido conocer el desarrollo de la escritura y sus soportes, pero el estudio de los espacios destinados a su organización y resguardo no se ha desarrollado a la par. Estudiamos al objeto, pero no a la institución que tiene como principal función contenerlo y difundirlo. No podemos desvincular al libro, en su cualidad material o intelectual, de la biblioteca como el espacio que lo dota de sentido social e histórico.

El desarrollo institucional de las bibliotecas se relaciona de manera profunda con múltiples procesos sociales, al conjugar funciones educativas y culturales se vuelven espacios mediados por actores relacionados con el desarrollo de los sistemas educativos, la consolidación de áreas del saber, el desarrollo de políticas de acceso a la información, la vitalidad de la academia y la formación de los intelectuales¹. El estudio histórico de las bibliotecas en Yucatán permite desenredar muchos nudos de la compleja trama de nuestra cultura. Durante la primera mitad del siglo XX, marcado indiscutiblemente por la Revolución Mexicana, se desarrollaron proyectos políticos que, en menor o mayor medida, consideraron a las bibliotecas y los libros como ejes de sus políticas culturales, educativas y de propaganda.

Este trabajo aborda la historia de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona desde una perspectiva que privilegiará la narración de su desarrollo institucional, en ese sentido, este texto puede entenderse como una biografía mínima que intenta dar sentido al devenir institucional de este centro de información

1 Burke apunta que las bibliotecas, entre los siglos XVII y XVIII, participaron en la reconfiguración de los espacios del saber en las Universidades europeas y americanas (2002, 94-98), esto permitió el surgimiento de nuevos grupos sociales que tenían en el conocimiento su principal fuente de reconocimiento y poder. Este proceso de adaptación y transformación se reprodujo de manera constante en los siglos subsiguientes, en diversos contextos letrados, académicos e intelectuales; pero sobra decir que no todos han despertado el mismo interés en los investigadores.



inaugurado el 12 de octubre de 1938² como parte del Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán. Para la reconstrucción de la historia de la Biblioteca del Museo Arqueológico e Histórico se ha recurrido a los archivos y bibliotecas estatales, encontrando en ellos un conjunto de testimonios que nos hablan del complejo recorrido de este centro de información. Se realizaron algunas entrevistas para complementar la información sobre el desarrollo de esta institución en las últimas décadas. Esperamos que con ello se pueda hacer un balance crítico del papel que ha jugado la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona, una institución fundamental para el resguardo del patrimonio documental regional y la consolidación de la comunidad académica local.

La biblioteca está integrada por dos elementos, estos son, su formalización institucional y sus funciones intelectuales. En ambos confluyen procesos sociales y culturales detonados por el conjunto de demandantes que poseen: administradores, usuarios, bibliotecarios y proveedores. En este sentido, podemos abordar el estudio de la biblioteca desde enfoques que privilegien el análisis de sus componentes administrativos o de las relaciones sociales que en ella se desarrollan. En otras palabras, la biblioteca es una organización compleja que requiere de una mirada amplia e integradora. Partiendo de esta idea, es importante prestar atención a los estudios que se han realizado en Yucatán sobre este tema para justipreciar sus enfoques y su alcance.

Identificamos dos tendencias en los estudios históricos sobre bibliotecas locales, la primera es el estudio de carácter erudito o general. Los trabajos de Rodolfo Ruz Menéndez se inscriben dentro de este primer grupo, la serie de ensayos sobre bibliotecas que publicó en la prensa meridana y algunos capítulos de sus libros *Ensayos históricos universitarios* (1989) y *Nuevos ensayos yucatanenses* (1990) exploran el desarrollo local bibliotecario. La *Historia de las bibliotecas en Yucatán* (1992) escrito por Surya Peniche de Sánchez MacGregor, a pesar de ser más cercano a la formalidad académica, es un repaso general del devenir de nuestras instituciones bibliográficas. Eduardo Ruz publicó bajo el sello de la Universidad Autónoma de Yucatán (1996) una amplia narración sobre la historia de la Biblioteca Central Universitaria, esta obra destaca por su acuciosa recopilación de datos que en su conjunto dan un amplio panorama sobre ella.

En años más recientes ha cobrado auge una segunda tendencia que, de manera más especializada, analiza los procesos sociales, económicos y políticos

2 Su nombre lo toma del obispo yucateco Crescencio Carrillo y Ancona (1837-1897), destacado historiador que fungió como director del Museo Yucateco. Durante su gestión amplió el horizonte de las colecciones e integró paulatinamente documentos impresos y manuscritos. El Museo sobrevivió hasta las primeras décadas del siglo XX. Su colección bibliográfica y documental fue utilizada como punto de partida de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona del Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán.



del mundo de los libros y las bibliotecas. Dentro de esta línea se pueden incluir investigaciones como la que realizaron Campos García, Mena Novelo y Pérez Figueroa sobre la biblioteca personal de José María Velázquez (2013), así como el acercamiento de Luis Santiago Pacheco al estudio de las colecciones personales durante el siglo XIX (2010). Si bien estos trabajos no se circunscriben dentro de las propuestas metodológicas o teóricas más recientes sobre la historia del libro o centros de información, representan un avance en el análisis e interpretación del libro en contextos privados. Estas instituciones públicas han sido estudiadas en Yucatán por Edgar Santiago Pacheco y Flor López Bates, la investigación desarrollada por ambos fue la primera que mostró interés por la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona, reconstruyeron el devenir de esta institución a través de la biografía de su fundadora, Mireya Priego López³. Dos son los principales resultados de su arduo trabajo, el primero es el folleto *La biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona: los años heroicos* (2008), obra que vino a aminorar el vacío en la historia de esa institución, este trabajo fue realizado en coautoría con Jorge Luis López Mendoza. Un segundo resultado es el ensayo biográfico titulado “Mujer, libros y vida. Mireya Priego de Arjona” (2012).

Los textos comentados en las líneas anteriores no son la totalidad de los que abordan algún aspecto de la historia de las bibliotecas yucatecas; pero consideramos que son representativos de las tendencias más generales en la historiografía local sobre el tema. Existen breves crónicas periodísticas, algunos testimonios dispersos e investigaciones que hacen mención de manera muy escueta del papel de las bibliotecas en determinado periodo histórico, no obstante, no pueden ofrecer más que una visión sumamente fragmentada. De ahí la importancia de proseguir con las pesquisas.

Un museo y su biblioteca

Felipe Carillo Puerto, gobernador socialista de Yucatán, firmó en 1923 el acuerdo de fundación del Museo Maya de Yucatán. Esta acción sirvió para disuadir a un grupo de hacendados y comerciantes que había solicitado la custodia de las colecciones del Museo Yucateco, su idea era incluir el establecimiento en un proyecto de explotación turística que pretendía monopolizar las concesiones de tranvías hacia los principales emplazamientos arqueológicos de la región. De igual forma, el aumento de las expediciones de académicos y exploradores estadounidenses implicó crear instancias oficiales que velaran por los vestigios ma-

³ En ella recayó la responsabilidad de organizar las colecciones de las bibliotecas Crescencio Carrillo y Central Universitaria (Universidad Autónoma de Yucatán). Fue nombrada Bibliotecaria Emérita por la principal casa de estudios del Estado y, gracias a Edgar Santiago y Flor López, la figura de esta destacada mujer ha sido visibilizada. Se instituyó una medalla que lleva su nombre para reconocer a mujeres y hombres que han prestado destacados servicios en los centros de información locales. Una aproximación biográfica se puede leer en el texto previamente citado de Santiago y López, sobre sus aportes a la bibliotecología yucateca ver Peña (2017).



yas (Peña, 2015: 56-59). La puesta en marcha de este proyecto fue aplazada por un golpe militar y el asesinato de Felipe Carrillo Puerto en 1924. Al año siguiente, una vez restablecido el orden, el gobernador José María Iturralde Traconis dio continuidad a la idea de su predecesor, rebautizó al establecimiento como Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán e incluyó entre sus objetivos la formación de una colección bibliográfica especializada en cultura yucateca (Peña, 2015: 69).

Luis Rosado Vega, laureado poeta que comulgó con el ideario del gobernador asesinado, fue ratificado como su director siguiendo las disposiciones originales del proyecto. La prensa de la época reaccionó con mucho entusiasmo a la idea de formar una colección bibliográfica especializada en temas yucatecos, consideraban que se trataba de una acción que ayudaría a minimizar el evidente rezago en el estudio de la historia yucateca:

En cuanto sea posible hacer en la Biblioteca del Museo la reconcentración de las obras que respondan a su objeto debe hacerse, con tanta urgencia cuanto mayor sea el interés de la obra o más escasa. En primer lugar, porque la Biblioteca del Museo tendrá genuinamente el carácter de yucateca, y por consiguiente debe ser fuente natural a donde vaya a abrevarse en las cosas de su historia; en segundo lugar, porque no teniendo más carácter que ese, su disposición la hará más fácil al lector, y se puede proveer a su mayor cuidado. En tercer lugar, porque ni los Archivos públicos, ni las bibliotecas particulares pueden ser visitados con igual franquicia, los primeros porque no se han formado ciertamente para llenar aquel objeto, que ya queda en un plano secundario, y las segundas, porque siendo de propiedad particular ya queda al arbitrio del propietario el facilitar o no el acceso a ellas, ítem más que es difícil saber en qué biblioteca se encuentra tal o cual obra.

Las obras antiguas sobre Yucatán pierden el valioso destino a que están llamadas desde el momento en que se encuentren en lugares o en forma donde sea difícil consultarlas.⁴

El desarrollo de la biblioteca del Museo fue lento, la institución no contaba con directrices para el desarrollo de la colección bibliográfica. Formalmente no existió una inversión en la compra de documentos, la colección aumentó gracias a la donación de manuscritos de gran importancia histórica y de una amplia variedad de revistas que poco atendían el objetivo que la institución se había marcado:

Hasta hoy, según me informó el Director del Museo, no se ha gastado nada en compras de libros y ya tiene algunos cientos, habiéndolos recopilados todos a fuerza de pedirlos, tanto a particulares como a las Instituciones científicas, del País y del Extranjero. Tuvimos la oportunidad de ver ejemplares de las publicaciones de los Museos de los Estados Unidos, de Buenos Aires, etc., colecciones procedentes de Instituciones científicas de México y de las Arqueológicas; una tica colección de tomos de manuscritos de los Cabildos de Yucatán del año de 1700 donados por el Ayuntamiento, los manuscritos que forman la Historia de la que fue Universidad Literaria de Yucatán y otras, y otras notables obras, siendo las más en idioma español, y otras en inglés y francés, pues el propósito es el hacer la biblioteca trilingüe ya que por su índole está destinada al estudio espe-

4 "La Biblioteca del Museo", *La Revista de Yucatán*, 19 de febrero de 1925.



cial de nuestra Arqueología y nuestra Historia, estudio en que están interesados muchos extranjeros (Molina, 1925).

Este crecimiento desordenado no permitió que la biblioteca pudiera materializarse; a pesar de ello había una buena opinión sobre la gestión de Rosado Vega:

D. Luis Rosado Vega quien ha puesto no todos sus esfuerzos, sino su vida toda en hacer progresar la obra desde su iniciación, pues él la fundó, no omitió, como siempre, ningún esfuerzo, ninguna actividad para dar a estas nuevas instalaciones mayor interés, mayor hermosura si cabe que las muchas que ya existían.⁵

Tuvo éxito el poeta en la recolección de piezas arqueológicas y concentró en una sola institución el patrimonio arqueológico del Estado, ya que el Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán absorbió al Museo Yucateco y sus colecciones. A pesar de la confianza que depositaron en él, su gestión fue de luces y sombras.

En el mes de octubre de 1936 circuló la noticia de un robo en el Museo Arqueológico e Histórico, en el que fueron sustraídos documentos de alto valor histórico. Los documentos fueron puestos a la venta en la Ciudad de México y fue el propio gobernador de Yucatán el que descubrió el tráfico de esos documentos⁶. El 8 de octubre se interpuso una demanda en contra de los responsables del robo, pero todo indica que no se le dio seguimiento puntual⁷.

Dadas esas circunstancias las autoridades estatales dispusieron que se realizara una auditoria a los inventarios del Museo Arqueológico e Histórico. La primera sorpresa que se llevaron los auditores fue encontrar al frente del establecimiento a Enrique Leal, él les informó que Luis Rosado Vega se encontraba en un viaje académico del que no informó al gobierno. Este proceso reveló que la gestión de Rosado Vega, a pesar de su éxito y buena fama, no contaba con un plan institucional. Junto a la ausencia de Rosado Vega, uno de los asuntos que más llamó la atención de los auditores fue la inexistencia de la Biblioteca:

La llamada Biblioteca que se dice existe en un departamento del Museo y que estuvo a cargo por varios años del Sr. Fausto Hijuelos, quien con nombramiento de Bibliotecario devengó haberes del Gobierno de Yucatán, me permito informar a Ud. de la manera más atenta, que hasta la fecha el que suscribe y el Auxiliar C. Ruiz R. no hemos podido localizar dicha Biblioteca a pesar de haber interrogado repetidamente al actual encargado del Museo Sr. Enrique Leal, ni

5 Archivo General del Estado de Yucatán (en adelante AGEY), Poder Ejecutivo, Sección educación, Serie Escuelas, Universidad y bibliotecas, Caja 961, 1933.

6 “Los objetivos robados al Museo del E. de Yucatán. Estaban en una librería de Eduardo Ancona. Se los dio Vladimiro Rosado Ojeda para vender en comisión. El Gobernador Ing. Palomo no quiso proceder en contra de ellos. Quedaron Libres”, *Diario de Yucatán*, 15 de octubre de 1936. Vladimiro Ojeda era hijo de Rosado Vega, durante varios años ocupó cargos de responsabilidad en el Museo Nacional, al parecer el escándalo que desató el robo y la venta de documentos no afectó su posición en esa institución.

7 AGEY, Poder Ejecutivo, Sección educación, Serie Museo Yucateco y Biblioteca Cepeda, Caja 1043, 1938.



los mil cuatrocientos sesenta y siete volúmenes recogidos en la Biblioteca de un anexo de la Catedral.

En el departamento que ocupa la Dirección de este Museo hay libros de diferentes autores, así como documentos antiguos con autógrafos del cura Hidalgo, Morelos, Allende, y otros pertenecientes a la época Colonial y del Imperio de México, que no aparecen en inventario alguno, por lo que se hace necesario citar al Director del Museo para hacer las investigaciones que sean necesarias, pues, según el Sr. Lean actual secretario y encargado del Museo, manifiesta que no sabe nada sobre el particular.⁸

Todo indicaba que el Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán era una institución dependiente del crédito intelectual de un solo hombre y que no contaba con una estructura administrativa formal. Era lógico que después del escándalo Rosado Vega fuera substituido en el cargo, Alfredo Barrera Vásquez fue elegido como su sucesor.

El nuevo director aprovechó la coyuntura para realizar una renovación profunda e impulsar la creación de un acervo documental especializado. En 1938 consiguió financiamiento suficiente para iniciar los trabajos de organización de la biblioteca y adquirir más libros⁹. La adecuación del local de la biblioteca incluyó la construcción de estantería, tarjeteros para catálogos, dos archivadores para documentos valiosos, dos mesas para lectores, veinte sillas, escritorios, mesas de trabajo y una carretilla para transportar libros¹⁰. El ejecutivo estatal invirtió cerca de \$ 10,000 en mejoras y adquisiciones.

Barrera Vásquez integró un nuevo equipo de trabajo. El profesor Antonio Canto López fue designado secretario del Museo¹¹. La bibliotecaria Mireya Priego López fue una de las piezas fundamentales de este nuevo proyecto, contaba con una sólida experiencia en la biblioteca de la Universidad de Yucatán y por ello se solicitó su incorporación a la institución¹². La gestión de Alfredo Barrera durante el primer semestre de 1938 rindió frutos, la biblioteca y el personal estaban listos.

El 12 de octubre de 1938 fue inaugurada la Biblioteca Yucateca Crescencio Carrillo y Ancona del Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán¹³. Alfredo Barrera expuso a los asistentes sus objetivos: reunir y conservar el material im-

8 AGEY, Poder Ejecutivo, Sección educación, Serie Museos, año 1936-1937.

9 AGEY, Poder Ejecutivo, Sección educación, Serie Museo Yucateco y Biblioteca Cepeda, Caja 1043, 1938.

10 AGEY, Poder Ejecutivo, Sección educación, Serie Museo Yucateco y Biblioteca Cepeda, Caja 1043, 1938.

11 Para mayor información sobre Canto López y su obra ver Santiago (2008).

12 AGEY, Poder Ejecutivo, Sección educación, Serie Museo Yucateco y Biblioteca Cepeda, Caja 1043, 1938.

13 Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán (en adelante CAIHLY), Fondo Reservado, Impresos, XVII-1924-1938-059.



preso en la península desde 1813 y, en adelante, las obras de autores peninsulares; todo lo publicado sobre la región yucateca y la cultura maya; todo documento manuscrito relacionado con la historia y cultura del Área Maya; formar un cedulario general de la bibliografía yucateco-maya; investigar sobre la Historia de la imprenta y bibliografía regionales; cooperar con instituciones académicas y organizar conferencias sobre temas relacionados con las ciencias y las artes del libro (Barrera, 1938: 3). El desarrollo de la colección fue veloz, las compras y donaciones permitieron que en muy poco tiempo superara los cinco millares de ítems¹⁴. Una adquisición de suma importancia consistió en los 107 manuscritos redactados tanto en *mayathan* como en español por los líderes indígenas de la Guerra de Castas de Yucatán (1847-1901)¹⁵, conflicto armado que tuvo en vilo a la península por más de medio siglo. El día de la inauguración Barrera externó su deseo de construir “la mejor colección yucateca del mundo”, todas sus acciones apuntaron a ese objetivo.

Hubo tres vías para el crecimiento de la colección: la compra a particulares y a libreros anticuarios, el depósito legal¹⁶ y la donación. De esta forma se adquirieron documentos de gran valor relacionados con la historia de la imprenta en Yucatán y con el Ayuntamiento meridano.¹⁷ A la par de estas actividades inició la publicación del importante *Boletín de Bibliografía Yucateca*, circularon dieciocho números entre 1938 y 1943.

El inicio del peregrinar y la fragmentación del acervo

En 1941 el Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán, por disposiciones federales perdió la custodia de algunos bienes arqueológicos. Esto causó que en septiembre de ese año el gobierno local anunciara cambios mayores para la institución, el Museo Arqueológico e Histórico fue substituido por el Instituto de Etnografía, Historia y Bibliografía de Yucatán¹⁸. Esta nueva Institución tuvo como departamentos al Museo arqueológico, etnográfico e histórico, a la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona y a la Academia de la Lengua Maya. Inicialmente el Instituto dependió del Ejecutivo del Estado, pero pocos meses después

14 “Inauguración de la Biblioteca del Museo Arqueológico de Yucatán”, *Diario de Yucatán*, 13 de octubre de 1938.

15 “Nuevos documentos para la biblioteca Crescencio Carrillo”, *Diario del Sureste*, 19 de octubre de 1938.

16 “Biblioteca Yucateca Crescencio Carrillo y Ancona. Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán”, *Diario Oficial*, 25 de mayo de 1939.

17 Los ejemplares de los primeros periódicos locales (1813) no figuraban en los catálogos de bibliotecas dependientes del Estado, la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona fue la primera en reunir los ejemplares existentes y la documentación relativa a ellos. Por otra parte, el archivo del cabildo del Ayuntamiento de Mérida se encontraba en pésimas condiciones de resguardo, Gabriel Ferrer de Mendiola y Alfredo Barrera Vásquez consiguieron trasladarlo a la Biblioteca del Museo, de esta forma rescataron un corpus documental fechado entre los siglos XVIII y XIX.

18 “Acuerdo que crea el Instituto de Etnografía, Historia y Bibliografía de Yucatán”, *Diario Oficial*, 13 de septiembre de 1941.



de su creación el gobernador Humberto Canto Echeverría lo integró, por medio de un decreto, a la Universidad de Yucatán¹⁹.

El decreto respondía al proyecto de transformación que el gobernador había emprendido en la máxima casa de estudios del Estado durante el rectorado de Joaquín Ancona Albertos. Uno de los cambios más significativos se dio en 1938, cuando el gobernador propuso cambiar el nombre de Universidad Nacional del Sureste por el de Universidad de Yucatán para reflejar con mayor exactitud su misión. El cambio no fue solo nominal, sino que trajo un nuevo estatuto para la institución, la creación de nuevos departamentos y una orientación mayor a la investigación. Dentro de esta lógica, el Instituto debía ayudar a consolidar los intereses académicos de la Universidad, en ese sentido le fueron asignados los siguientes objetivos²⁰:

- Desarrollar investigación antropológica sobre todo el patrimonio cultural peninsular. Por patrimonio se entendería las artes materiales, las artes no materiales, la cultura social y el lenguaje, las tradiciones y la medicina popular, la clasificación de los grupos humanos por su cultura e influencia del medio en sus actividades.
- Desarrollar investigación sobre la historia peninsular.
- Coleccionar, conservar y clasificar el patrimonio etnográfico y bibliográfico peninsular.

En 1942 Alfredo Barrera Vásquez dejó la dirección del Instituto y Antonio Canto López lo substituyó en el cargo. En 1944 el gobernador Ernesto Novelo Torres decretó que el Instituto retomara el nombre de Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán (Novelo, 1949: 110), nuevamente pasó a depender del gobierno estatal. Hasta ese momento la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona pudo mantener la integridad de sus colecciones, aunque ya no era el centro neurálgico del establecimiento²¹.

Durante el periodo de gobierno de José González Beytia se instituyó formalmente la Dirección General de Bibliotecas a través de la publicación de su reglamento, esto en marzo de 1948. A través de esta nueva dependencia se pretendió consolidar el funcionamiento de las bibliotecas Cepeda Peraza, Crescencio Carrillo y Ancona, Delio Moreno Cantón y Pablo Moreno de Valladolid (Peniche,

19 “El Instituto de Etnografía, Historia y Bibliografía. Decreto núm. 371”, *Diario Oficial*, 24 de diciembre de 1941.

20 “Estatuto de la Universidad de Yucatán”, *Diario Oficial*, 6 de enero de 1942.

21 A partir de 1959 y de manera paulatina Mireya Priego López se integró a la Universidad, para 1961 se dedicaba exclusivamente a su catalogación.



1992 :87-88). El poeta Luis Rosado Vega, un viejo conocido en el mundo museístico y bibliotecario local, fue designado como primer encargado de la Dirección General de Bibliotecas. Las atribuciones de este nuevo departamento fueron²²:

- Organización científica de las colecciones bibliográficas y documentales del Estado
- “Proveer al fomento” de instituciones afines en funcionamiento y crear nuevas en todo el territorio yucateco.
- Crear bibliotecas especializadas en contextos que por su naturaleza las requieran, así como en zonas arqueológicas, históricas, agrícolas, etc.
- Inspeccionar las bibliotecas del Estado.
- Difundir el libro y la lectura a través de bibliotecas circulantes o permanentes en los parques de más importancia, siempre que fuere posible.
- Desarrollar las colecciones bibliográficas basándose en las necesidades educativas y culturales de la población.
- Atender las necesidades e irregularidades de cada uno de los establecimientos a su cargo.

Además de esas responsabilidades la Dirección General de Bibliotecas tenía la facultad de aplicar medidas disciplinarias sobre el personal que a su consideración no tenía un desempeño adecuado, tanto de la propia Dirección como de las bibliotecas que estaban bajo su supervisión. No contamos con evidencia que indique que su creación haya modificado substancialmente el funcionamiento de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona, principalmente porque desde su fundación adoptó un sistema técnico-administrativo profesional y científico. De igual forma, desconocemos cuánto tiempo permaneció Luis Rosado Vega al frente de esta dependencia. La existencia de la Dirección General de Bibliotecas fue breve, por lo menos con ese nombre. Clemente López Trujillo asumió la Dirección de Bibliotecas y Archivos de 1964 a 1975 (Peniche, 2006: 32), consideramos que este departamento nació de un cambio administrativo y nominal de la Dirección General de Bibliotecas. López Trujillo era poeta al igual que Rosado Vega; pero a diferencia de aquel sí contaba con estudios en biblioteconomía, aunque eso no evitó, como veremos más adelante, que tomara algunas decisiones polémicas sobre la colección de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona.

22 “Reglamento para la Dirección General de Bibliotecas del Estado”, *Diario Oficial*, 13 de marzo de 1948.



Después de una prolífica actividad académica en el extranjero Alfredo Barrera Vásquez regresó a Yucatán para asumir la dirección del recién creado Instituto Yucateco de Antropología e Historia (IYAH), ocupó el cargo de 1959 a 1974 (Zavala, 1986: 85-87). El gobierno del Estado cedió al Instituto de Antropología e Historia de Yucatán la antigua casa del general Francisco Cantón en el Paseo de Montejo, conocida popularmente como Palacio Cantón. La planta principal fue ocupada por la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona, el Centro de Estudios Mayas y la Academia de la Lengua Maya, en el sótano se resguardaron las colecciones del reinaugurado Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán. Mireya Priego de Arjona nuevamente se integró al proyecto de Barrera Vásquez y recibió el nombramiento de “Jefe bibliotecario del Instituto Yucateco de Antropología e Historia” en 1962²³. Al tratarse de la enésima reestructuración de lo que originalmente fue el Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán, el Instituto pasó por las mismas dificultades para asegurar la conservación de sus colecciones. Dos de los problemas de mayor consideración eran la desaparición de material y el mantenimiento de los acervos.

Mireya Priego de Arjona reportó el 8 de junio de 1966 la desaparición de algunos volúmenes de la *Miscelánea* de Juan Miró, los documentos habían sido donados en 1956 por Víctor Mena Palomo, algunos más habían ingresado en 1958 con la llamada colección Suárez y otros eran parte de la colección que perteneció a Antonio Mediz Bolio. En total hacía falta ocho volúmenes²⁴. La substracción de los documentos fue cuidadosamente planificada, el ladrón de la *Miscelánea* tuvo el cuidado de llevar consigo las fichas del catálogo que correspondían a los ejemplares. Alguien se había informado del funcionamiento de la biblioteca de tal forma que intentó eliminar los registros de las obras para que su robo pasara desapercibido, a pesar de ello Mireya Priego notó tanto la ausencia de los documentos como de sus fichas. Se intentó persuadir al gobernador para que ordenara las indagaciones pertinentes, los directivos del Instituto no omitieron mencionar que los documentos robados eran raros y altamente cotizados en el mercado bibliográfico. No tenemos información sobre el seguimiento que se dio a estos informes.

Barrera Vásquez interpretó este nuevo hurto como parte de un plan de extracción de libros, por ese motivo mencionó en sus reportes que desde tiempo atrás se notó la desaparición de otros documentos. Finalizó sus observaciones sobre el incidente con la relación de personas que tenían acceso a las llaves de la biblioteca: Mireya Priego de Arjona, jefa de la biblioteca; Nilda María Ricalde

23 CAIHL, Fondo Reservado, Impresos, XVIII-1939-039.

24 “Correspondencia enviada por el señor Alfredo Barrera Vásquez como director del Museo de Antropología e Historia”, BY-FR-IM-XVIII-1939-044, f. 20. [Al gobernador del Estado, 10 junio de 1966].



Barrera, ayudante bibliotecaria; Rita Denis de Canto, estacionaria; Manuel López Amábilis, bibliotecario nocturno y Florentino Moguel, oficial de servicio²⁵.

La seguridad de la Biblioteca no era la adecuada, los ladrones supieron violar el control de acceso y consulta de las colecciones. Otro peligro para el acervo fue la presencia de insectos bibliófagos:

Un nuevo problema para el mantenimiento del Palacio Cantón se ha presentado en el comején que ha invadido los cielos de una sección del edificio. Como carecemos de los recursos necesarios para destruirlo, atentamente ruego a usted sea servido de disponer se nos proporcionen estos para el efecto. Me permito sugerir que un técnico en la destrucción de plagas de esta especie, sea llamado para combatirlo.²⁶

El reporte es un recuerdo de la cruda realidad por la que atraviesan las instituciones dedicadas a la conservación y estudio del patrimonio cultural: la falta de recursos. El instituto dirigido por Barrera Vásquez tuvo que hacer frente a ese problema y a la lenta respuesta de las autoridades, pasaron dos meses sin recibir atención, el problema aumentó al grado de poner en riesgo a la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona:

El comején ha invadido varios departamentos del Palacio Cantón. De la fecha de mi mencionado oficio, se han descubierto más partes afectadas, al grado de que el problema es grave. Esta plaga parece venir de la parte del ático, porque invade desde arriba las habitaciones del segundo piso, que es donde está precisamente la biblioteca a cargo del Sr. Clemente López Trujillo, la cual está en peligro. Por otra parte, como proviene del ático, es en este sitio donde se encuentra nuestra valiosa hemeroteca que también está peligrosando.

El Instituto no cuenta con recursos para combatir este nocivo insecto que para su destrucción requiere técnica y expertos especializados.²⁷

Alfredo Barrera Vásquez dirigió varios informes al gobernador Luis Torres Meías, en uno de ellos describe el riesgo en el que se encontraban las colecciones documentales del IYAH:

Nuestra hemeroteca que se encuentra en el ático, está en peligro de perderse, no solamente por los insectos y la humedad, sino por la falta de protección en

25 “Correspondencia enviada por el señor Alfredo Barrera Vásquez como director del Museo de Antropología e Historia”, BY-FR-IM-XVIII-1939-044, f. 21. [Al gobernador del Estado, 10 junio de 1966].

26 “Correspondencia enviada por el señor Alfredo Barrera Vásquez como director del Museo de Antropología e Historia”, BY-FR- IM-XVIII-1939-044, f. 13. [Al gobernador del Estado, 9 de septiembre de 1966].

27 “Correspondencia enviada por el señor Alfredo Barrera Vásquez como director del Museo de Antropología e Historia”, BY-FR- IM-XVIII-1939-044, f. 7. [Al gobernador del Estado, 14 de noviembre de 1966]. Barrera Vásquez hace referencia a una biblioteca a cargo de Clemente López Trujillo, esta biblioteca no es la Crescencio Carrillo y Ancona. Posiblemente sea alguna colección que el poeta depositó en el establecimiento para su resguardo en su calidad de director de Bibliotecas y Archivos del Estado.



general. Faltan anaqueles y envolturas apropiadas para los legajos.

De la manera más atenta ruego a ustedes disponga se nos proporcionen los anaqueles para el objeto mencionado. Es muy urgente subsanar esta deficiencia aunque fuese con material económicos por de pronto.²⁸

Alfredo Barrera Vásquez fue tomando relevancia en el campo cultural local, a tal grado que en el mes de mayo de 1966 presentó a la Universidad un anteproyecto para la creación de la Escuela de Estudios Antropológicos²⁹. Dos meses después, el 29 de julio, el Consejo Universitario de la Universidad de Yucatán anunció la creación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas, el Centro de Estudios Mayas fue designado como su sede e inició una nueva etapa para la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona.

El Palacio Cantón se volvió el nuevo centro de gravedad del desarrollo académico e intelectual de la capital yucateca. Un elemento que ayudó poderosamente a la formación de los nuevos antropólogos fue la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona, sobre esto Rodríguez Losa nos dice:

El Palacio Cantón también era el recinto de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona, fue el primer lugar que visité con frecuencia para consultar su notable acervo bibliográfico especializado en Yucatán. Ocupaba casi toda el ala sur de la primera planta; con vista al Paseo de Montejo, sus salas de lectura eran cómodas y bien ventiladas. En un salón lateral se encontraban la oficina, algunos libreros y el escritorio de la Directora, doña Mireya Priego de Arjona, siempre abarrotado de libros que ella personalmente catalogaba. Gran parte del formidable acervo (libros, folletos, impresos sueltos y antiguos manuscritos) se ubicaba en salones interiores. En el ático del edificio se encontraban las colecciones de periódicos y revistas. El pasillo y el último salón del sur también servían como espacios de lectura, en los que solía encontrarme con jóvenes estudiantes universitarios que hoy son destacados profesionales. Puede afirmarse que ésta fue la época del esplendor de la biblioteca (Rodríguez, 2010: 29).

La primera época de esplendor de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona corrió de 1938 a 1942, en ese periodo fungió como centro de producción de investigación bibliográfica. Su segunda época de esplendor ocurrió en el contexto de la profesionalización de la antropología yucateca.

Una parte de la comunidad intelectual anhelaba desde hacía un tiempo la existencia de la Hemeroteca estatal, el principal impulsor de esta idea fue el poeta Clemente López Trujillo, titular de la Dirección de Bibliotecas y Archivos del Estado. En 1969 se creó a expensas de las publicaciones periódicas de la Bi-

28 "Correspondencia enviada por el señor Alfredo Barrera Vásquez como director del Museo de Antropología e Historia", BY-FR-IM-XVIII-1939-044, f. 8. [Al gobernador del Estado, 14 de noviembre de 1966].

29 "Correspondencia enviada por el señor Alfredo Barrera Vásquez como director del Museo de Antropología e Historia", BY-FR-IM-XVIII-1939-044, f. 22. [Memorandum, 24 de mayo de 1966].



biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona la Hemeroteca José María Pino Suárez. La decisión acarrió la crítica de varios intelectuales cercanos a la Biblioteca, la Hemeroteca “José María Pino Suárez” nació en medio de polémicas y descontento (Rodríguez, 2010: 31-32). Esta considerable pérdida de una parte del acervo no auguró un buen futuro inmediato para la Biblioteca que inició un peregrinar que la llevó del Instituto Yucateco de Antropología e Historia a la Casa de la Cultura y, por último, a la Biblioteca Central del Estado, ahí pasó varios años, casi en el olvido.

Los múltiples resurgimientos: el Centro de Apoyo a la Investigación Histórica de Yucatán y la Biblioteca Yucatanense

En el mes de diciembre de 1993 aconteció un hecho importante, abrió sus puertas el Centro de Apoyo a la Investigación Histórica de Yucatán (CAIHY). Por disposición gubernamental se creó un espacio de conservación y difusión del patrimonio documental peninsular, el CAIHY reunió en un mismo lugar a la Hemeroteca José María Pino Suárez y a la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona. Esta institución dependía directamente del Instituto de Cultura de Yucatán y se instaló en la calle 64 entre 65 y 67, en el edificio del antiguo Registro Civil. Este fue el primer paso para transitar de una administración bibliotecaria tradicional a una que respondiera a las exigencias del siglo XXI. Era de urgente necesidad aumentar las medidas de seguridad de las colecciones, mejorar la infraestructura y diseñar instrumentos de consulta eficientes y modernos para los usuarios.

Unos meses antes de la creación del CAIHY había iniciado una importante labor de revisión y organización en el acervo de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona:

El día 2 de mayo de 1993, aun siendo estudiante de la carrera de historia en la Facultad de Antropología inicié mis labores como ayudante de la Arqueóloga Ana Patricia Martínez Huchim (+). Acudí a la biblioteca Pública Central Estatal Manuel Cepeda Peraza, en la calle 55 no. 515 x 60 y 62, a un costado del parque de Santa Lucía. En su interior, en una parte de los pasillos del fondo, había un espacio llamado “Sección yucateca” donde se encontraba instalada la biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona, dividida en dos áreas: el acervo histórico y la biblioteca.

El director de la biblioteca en ese tiempo era el historiador William Brito Sansores y el encargado o responsable del rescate documental de la sección yucateca fue el investigador Michel Antochiw Kolpa. Fui contratada para apoyar en esa labor de rescate, el requisito fue que ser hablante de la lengua maya y tener conocimiento de su escritura. El horario de mi labor fue de 4 horas de lunes a viernes, de 8 a 12 (A. Poot Cen, comunicación personal, junio, 12, 2020).

Las labores se centraron en la estabilización del acervo histórico, la limpieza mecánica de los documentos, su organización por tipos y formatos (manuscritos e impresos, hojas sueltas o folletería), la elaboración de guardas de papel manila



e intercalar los documentos en contenedores guiándose por sus fechas de producción; el resultado fue el primer catálogo cronológico (A. Poot Cen, comunicación personal, junio, 12, 2020).

El robo de documentos en la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona fue una constante, recordemos los casos suscitados en 1937 y 1966. Los testimonios sobre la desaparición de libros y manuscritos abarcan también el periodo comprendido entre la salida de la Biblioteca del IYAH y su incorporación al CAIHY, en ellos se conjuga la pérdida de interés por la organización de la colección bajo criterios especializados y la preferencia por el investigador extranjero:

En tiempos pasados visitaban el acervo varios investigadores extranjeros que solicitaban revisar las cajas de archivo muerto donde se resguardaban los documentos, se les daba la oportunidad de elegir qué documento querían consultar y se les permitía sacarlo para llevarlo a su habitación en el hotel donde se hospedaban. Se dice que nunca regresaban las cosas que se llevaban.

Tuve la oportunidad de ver en la biblioteca como se perdían los libros y manuscritos. Desaparecían, nunca se supo quien lo hacía. En la parte trasera del edificio se tenía una especie como de sótano, un día se encontraron varios libros amarrados, creo que con el fin de ser llevados.

Otra cosa, existía una persona a la que llamaban “El pulpo” y que tenía la costumbre de robarse algún material de su interés, cortaba el material para sustraerlo, lo hacía con la uña de su dedo meñique, era una uña muy larga y con una punta filosa para poder cortar el papel (Anónimo A, comunicación personal, junio, 13, 2020).³⁰

Cuando se inauguró el CAIHY se realizaron cambios para minimizar los robos: los acervos pasaron a ser de estantería cerrada, los usuarios solo podían ingresar a las salas de lectura con material básico de escritura y el ingreso a las áreas de resguardo de documentos se controló rigurosamente. No obstante, los rumores sobre la desaparición de documentos continuaron, algunos de ellos cobraron relevancia en las comunidades culturales y académicas por incluir a un famoso coleccionista de documentos antiguos:

Yo era el encargado de la custodia del edificio. Unas veces vi llegar al director a eso de las 10 de la noche para sacar unos libros, que eran sus horas de investigación. Yo solo decía “él es el director, él sabrá”, ¿quién le va a decir algo si es extranjero? (Anónimo B, comunicación personal, junio, 13, 2020).³¹

Nunca existió algún tipo de pronunciamiento oficial sobre los rumores, aunque algunos antiguos colaboradores todavía recuerdan algunas situaciones incómodas ocasionadas por ellos (Anónimo C, comunicación personal, junio, 14, 2020).³²

30 El informante solicitó expresamente permanecer en el anonimato.

31 El informante solicitó expresamente permanecer en el anonimato.

32 El informante solicitó expresamente permanecer en el anonimato. Mencionó que algunas ocasiones algunos funcionarios e investigadores que visitaban las áreas de trabajo hacían



Tratando de mejorar la organización, control y protección de las colecciones la Biblioteca sufrió una nueva fragmentación en el 2000, esta ocasión obedeció a criterios más técnicos, se formó un Fondo Reservado con las publicaciones más antiguas de la Biblioteca que no fueran libros. Posteriormente se agregó al CAIHY el Fondo Audiovisual, cuya colección de origen es el archivo fotográfico del *Diario del Sureste*. En una escala modesta prosiguió la compra de libros y donación de particulares. Estos cambios aseguraron un mejor control y mayor seguridad, sin embargo, en el mercado local de documentos antiguos aún se puede encontrar material impreso que fue robado a la institución en años previos³³. Algunos de ellos han podido ser recuperados gracias a la acción de ciudadanos que a título personal los han adquirido y devuelto a la biblioteca.

El segundo gran contratiempo era la mala condición del edificio. No se podía esperar mucho de una construcción de más de un siglo de antigüedad que adolecía de muchos problemas estructurales: techos húmedos y goteantes, paredes que perdían revoco e instalaciones eléctricas viejas. El huracán Isidoro (2002) puso en grave riesgo a todas las colecciones del CAIHY:

Cuando las lluvias se prolongaron por varios días el techo de la biblioteca reblandeció y una parte se desplomó. Trasladamos los libros a la sala de juntas, ahí había una mesa muy grande donde colocar los libros, fueron más de los que pensamos que hasta la oficina del director se llenó de ellos. Colocamos charolas en el piso y sobre ellas pusimos libros que ya no daban en las mesas, a los anaqueles los cubrimos con bolsas. Unos meses antes del huracán el gobernador Cervera Pacheco visitó la Biblioteca, yo le enseñé cómo estaban los techos y al poco tiempo se le dio mantenimiento (Y. López Moguel, comunicación personal, junio, 15, 2020).

El huracán agravó las condiciones del establecimiento, se realizaron reparaciones menores hasta que se intentó dar una solución definitiva a través del Programa de Infraestructura Cultural de los Estados (Patrón, 2005: 213) y del Programa de Apoyos para el Fortalecimiento de las Entidades Federativas (Patrón, 2005: 240). En el año 2005 se entregó el edificio rehabilitado, pero pronto regresaron los problemas y hubo un considerable aumento en el volumen del acervo de la hemeroteca que recibió la colección completa, más varios duplicados, del desaparecido *Diario del Sureste* (Patrón, 2006: 221).

Los cambios eran evidentes, el CAIHY poseía colecciones que demandaban una pronta atención por el rezago en su catalogación y conservación. Una de las primeras acciones fue implementar la catalogación de sus acervos, contratar

comentarios sobre los rumores de desaparición documentos intentando “sacar” información de los empleados que corroborara las historias que circulaban, él se limitaba a responder a los cuestionamientos con un “eso dicen”.

33 En las librerías de viejo ubicadas en el centro de la ciudad de Mérida es usual encontrar libros que llevan el sello de bibliotecas públicas como la Cepeda Peraza o la Carrillo y Ancona, aunque estos no son los únicos canales de venta de libros de este tipo.



personal y capacitarlo. Siguiendo las tendencias más recientes de conservación se diseñó un proyecto de digitalización, su primera etapa se dedicó al rescate de la obra del dramaturgo José Peón Contreras y con ella nació la Biblioteca Virtual de Yucatán (BVY), presentada formalmente en diciembre del año 2007 (Ortega, 2008: 291). Sobre el inicio de la BVY Jorge Canto Alcocer, en ese entonces director del CAIHY, menciona que:

El nuevo Jefe de Patrimonio Cultural, Mtro. Enrique Martín Briceño, me propuso la idea de una biblioteca virtual cuya base fuera la documentación del Centro de Apoyo a la Investigación Histórica de Yucatán. Me pidió una propuesta de materiales para iniciar la digitalización con nuestros propios recursos tecnológicos y humanos, respetando los criterios de derechos de autor, relevancia del material y condición física, en el entendido de que únicamente aquellos que cumplieran los tres criterios serían considerados para ello. Así, desde septiembre de 2007 iniciamos los trabajos preparativos, trabajando en ello los coordinadores de lo que entonces llamábamos Archivo Histórico y que luego retomó su nombre tradicional de Fondo Reservado, Mtro. Felipe Escalante Tió y de la Biblioteca, Sra. Beatriz Heredia, así como la cercanísima colaboración del Lic. Neil Rivas Vivas, y de un servidor, que además de coordinar al equipo, se sumó a la operación de la digitalización. Antes de fin de ese año presentamos la relación de materiales para su digitalización y un plan para realizar dichos trabajos internamente. Para lograrlo, se sumaron al equipo dos colaboradores más: El Ing. Eduardo Villarreal, como soporte técnico, y el antropólogo Tomás Puc, a cargo de la digitalización. Entonces, a principios de 2008, el Mtro. Martín nos indicó iniciar los trabajos de digitalización con las obras completas de José Peón Contreras, que en su mayoría eran muy poco conocidas, pese a ser un poeta y dramaturgo de gran renombre. Al tiempo que realizábamos internamente este trabajo, el Dr. Carlos Bojórquez Urzaiz propuso la digitalización e incorporación a la nueva biblioteca virtual de la revista La Escuela Primaria, una de las revistas más importantes del país en el ramo educativo para los principios del siglo XX. El Dr. Bojórquez coordinó a su propio equipo para realizar esta digitalización, dando nosotros todas las facilidades para que pudiera realizarse en condiciones óptimas para el material original y, por supuesto, en nuestra propia institución (Comunicación personal, junio, 12, 2020).³⁴

La envergadura del proyecto implicó tomar decisiones sobre la dinámica de trabajo para la gestión de las nuevas colecciones digitales. Al interior del equipo de trabajo se debatió sobre la viabilidad de subrogar las tareas de digitalización, el principal argumento de quienes estaban a favor de esta medida era delegar la responsabilidad de los tareas técnicas en una empresa, por el contrario; los que estaban en contra sopesaban el alto costo que suponía ya que incluso superaba el gasto de compra de equipo especializado y contratación de personal temporal para el proyecto (J. Canto Alcocer, comunicación personal, junio, 12, 2020). La decisión final fue subrogar las tareas de digitalización que, si bien retrasó la adquisición de equipos de reprografía digital y la creación de un departamento de digitalización propios, permitió que la biblioteca contara en relativamente poco tiempo con un Sistema Integral de Gestión de Bibliotecas y, en consecuencia, con

34 La jefatura de Patrimonio Cultural formaba parte del Instituto de Cultura de Yucatán, cuyo director era Renán Guillermo González.



un OPAC funcional que integró versiones digitales de los documentos³⁵.

La segunda etapa de digitalización abarcó hemerografía decimonónica y las subsiguientes sirvieron para migrar a formatos digitales los manuscritos, folletos, fotografías, una amplia variedad de revistas y periódicos. Otro aspecto importante que se debatió giró en torno a las condiciones de consulta de las colecciones digitales:

Justo antes de que se tomara una decisión al respecto (subrogar o trabajar internamente), situaciones ajenas a este proceso motivaron me fuera solicitada la renuncia de manera irrevocable. Posterior a ello, fui invitado a participar durante un semestre más en el programa de la Biblioteca Virtual de Yucatán, coordinando durante ese tiempo el inicio de los trabajos de la digitalización de la Enciclopedia Yucatanense. Se me hizo un ofrecimiento económico y de organización del tiempo que luego no se me cumplió, dando por concluidas las labores en este rubro en el mes de diciembre de 2009.

También es digno de mencionar que durante los casi dos años en que me vi involucrado en los trabajos de la Biblioteca Virtual de Yucatán se dio un importante debate sobre su operación, pues algunos colaboradores del equipo y algunos funcionarios del Instituto sostenían la idea de establecer un costo al acceso a los documentos. Otra parte del equipo, entre la que me encontré, sosteníamos que todos los trabajos se realizaban con presupuesto público, y que por tanto era absurdo e incongruente cobrar. Lo que sí quedó claro es que los documentos de la Biblioteca se digitalizarían a una resolución de copia, y que cualquier reproducción de otras características, al tratarse de un trabajo extraordinario, sí tendría un costo, en el mismo sentido que cualquier servicio de reprografía. Cuando fui retirado del CAIHY, y posteriormente de común acuerdo, me retiré del proyecto de la BVY, aún no se había tomado una decisión definitiva sobre este punto, lo cual se hizo a la brevedad, y en el sentido que defendimos (J. Canto Alcocer, junio, 12, 2020).

Superadas las primeras etapas de digitalización se adquirió equipo especializado que permitió digitalizar a una resolución excelente, el avance en la catalogación permitió poner en el catálogo más objetos digitales. Pero el edificio ya desmerecía la importancia del CAIHY y sus proyectos³⁶.

El año 2010 fue enmarcado por el Bicentenario de la independencia nacional y el Centenario de la Revolución. Se anunció la creación de la Biblioteca del Bicentenario, donde tentativamente se instalarían las colecciones del CAIHY. El rumbo del proyecto siempre fue incierto, se brindó poca información y nunca se concretó. Pasadas las conmemoraciones nacionales se tuvo que reformar el proyecto, lo cual coincidió con la elevación del Instituto de Cultura de Yucatán a

35 Los Sistemas Integrales de Gestión de Biblioteca son softwares especializados en la administración de centros de información, permiten llevar el control de los procesos de catalogación y clasificación al mismo tiempo que generan un catálogo digital para facilitar la consulta de documentos, entre otras funciones.

36 Además de la digitalización, uno de ellos fue la *Revista de la Revolución en Yucatán*. Publicación digital que consistió en la selección y transcripción de textos contemporáneos a la Revolución, incluía la reproducción de fotografías y anuncios de la época.



la categoría de Secretaría de la Cultura y las Artes. Las autoridades informaron que el edificio que perteneció al *Diario del Sureste* sería acondicionado para mudar ahí el acervo del CAIHY (Ortega, 2011: 275 una vez confirmado el traslado inició el proceso de embalaje y se suspendió el servicio a los usuarios por más de un año³⁷.

A mediados del año 2012 se concluyó el traslado del acervo, el reacomodo de la colección duró un par de semanas y, una vez finalizado, se inauguró la Biblioteca Yucatanense. Para la comunidad de intelectuales e investigadores fue un hecho significativo: se contaba con una Institución que disponía de la infraestructura adecuada para la preservación del patrimonio documental de la región y su investigación. Carlos Bojórquez Urzaiz resumió de manera muy precisa su importancia:

Nadie puede quedarse con la idea de que la flamante Biblioteca es una obra sin planeación o que carece de antecedentes que articulen sus propósitos, ya que quienes tuvieron interés en el asunto, pudieron constatar la entereza a favor de su formación durante cinco años, tiempo en el que muchos nombres se fueron sumando y fueron germinando frutos valiosos. Quizás el más evidente es la Biblioteca Virtual de Yucatán, ese hermoso portal de internet que aproxima libros, periódicos y documentos valiosísimos, que, al mismo tiempo de poder ser consultados en la comunidad de una casa, o en un cubículo universitario, le ha dado profundo sentimientos social al acceso a colecciones cuyo contenido es apenas una muestra de la riqueza que alojará el remozado edificio del Diario del Sureste (Bojórquez, 2012).

Las condiciones de conservación del patrimonio documental de la región, aunque de manera coyuntural, fueron discutidas. En ese sentido se opinó que “tal vez sea más trabajo para el director de la Biblioteca Yucatanense, aunque sería conveniente, que el personal de ésta, auxiliado por el del Archivo General, revisará los archivos de las dependencias gubernamentales para rescatar documentos históricos y exhibirlos para el conocimiento de la sociedad yucateca (Bello, 2012)”. Se trata de una idea que se escapa de los objetivos de la institución; pero que refleja la importancia que tienen las bibliotecas especializadas en el ideario de las comunidades que hacen uso de ellas.

Una vez que las tareas de la Biblioteca Yucatanense entraron en una dinámica estable prosiguieron los trabajos de catalogación y mejoró el ritmo de digitalización, se creó una colección de índices periodísticos en formato digital que fueron denominados *Cuadernos de la Hemeroteca José María Pino Suárez*, las visitas guiadas se volvieron una constante y se creó un proyecto de divulgación a través de la prensa que duró varios años³⁸.

37 Ante el retraso de las obras en el nuevo edificio se tomó la decisión de desempacar y abrir las puertas al público, esto sucedió en el primer mes del año 2011. El aviso de traslado inminente llegó en el primer semestre del año 2012, nuevamente se embolsó el material y, unas semanas antes de la inauguración, se ocupó el nuevo local.

38 Se contó con el apoyo del periódico *Por Esto!*, uno de los rotativos con mayor difusión en



La Biblioteca Yucatanense contó inicialmente con un apoyo irrestricto del Departamento de Patrimonio Cultural³⁹ de la Secretaría de la Cultura y las Artes de Yucatán, gracias a ello fue ampliamente reconocida. El cambio de gobierno y la austeridad ocasionaron que el edificio presentara varios problemas, todos ellos inherentes a su condición de edificio antiguo. Hoy en día una gran cantidad de ellos aún no tienen solución y representan un riesgo para la estabilidad de algunas colecciones.

A manera de conclusión. El Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán

La Biblioteca Yucatanense dejó de existir en el primer trimestre del 2019, la nueva administración estatal decidió renombrarla como Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán (CAIHLY). En esta ocasión no hubo mejoras en el edificio o transformación de sus objetivos y funciones, fue un simple cambio nominal. Como se ha podido notar a lo largo de este texto, los cambios de adscripción o nomenclatura de las instituciones que han acogido el acervo de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona son una constante en su historia.

El caso más reciente de lo anterior es lo sucedió con la Biblioteca Yucatanense, que desde su fundación y hasta su desaparición consiguió hacerse visible, atrayendo a un amplio número de usuarios, algo nunca conseguido como CAIHY. El tránsito de la colección de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona es un fiel reflejo de la fragilidad institucional que rodea a nuestros centros de información; pero también del compromiso de todos aquellos que se involucraron directamente en sus proyectos de mejora de infraestructura y servicios. Esta fue una breve narración de la historia de un importante acervo peninsular que no ha escapado de la incertidumbre, de los vientos o borrascas de cambio que representa la política cultural de nuestra región; pero a pesar de ello el contingente de bibliotecarios y archivistas que han trabajado en su conservación han dedicado todos sus esfuerzos en tratar de hacer de él “la mejor colección yucateca del mundo”. ☼

la península. Esta publicación cedió una plana, a escala de grises o color, para la difusión de las colecciones. Fueron cuatro proyectos de divulgación, entre paréntesis indicamos el periodo de publicación y de dónde provenía el documento: Memoria Visual de Yucatán (2009-2012, Fondo Audiovisual), Leyes y decretos de la Revolución en Yucatán (2010-2011, Fondo Reservado), Documentos para la historia de la Revolución en Yucatán (2010-2011 Fondo Reservado, Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona) y Tesoros de la Biblioteca Virtual de Yucatán (2012-2014, Fondo Reservado, Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona y Fondo Audiovisual). Estos y otros documentos digitales pueden consultarse en www.bibliotecavirtualdeyucatan.com.

39 A pesar de lo sobresalientes éxitos de este departamento de la Secretaría de la Cultura y las Artes, como una mención honorífica en el Premio Antonio García Cubas por las ediciones facsimilares del *Museo Yucateco* o la obtención del reconocimiento Memoria del Mundo de la UNESCO para la correspondencia de la Guerra de Castas, desapareció en el año 2018 debido a una reestructuración administrativa de la Secretaría.



Recursos y fuentes de información

Archivo General del Estado de Yucatán

Biblioteca José María Iturralde Traconis “El Gran Kanxoc”

Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán

Publicaciones periódicas

Diario Oficial del Gobierno del Estado de Yucatán

Diario del Sureste

Diario de Yucatán

Por Esto!

La Revista de Yucatán

Yikal Maya Than



Referencias

- BARRERA VÁSQUEZ, ALFREDO (1938). “La Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona y sus finalidades”. *Boletín de Bibliografía Yucateca*, Núm. 1, pp. 2-3.
- BELLO PAREDES, ROLANDO (2012). “Bocadillos. Biblioteca Yucatanense”. Por Esto! (Ed. jueves 2 de agosto de 2012).
- BOJÓRQUEZ URZAIZ, CARLOS (2012). “Biblioteca Yucatanense”, Por Esto! (Ed. domingo 5 de agosto de 2012).
- BURKE, PETER (2002). *Historia social del conocimiento, de Gutenberg a Diderot*. Barcelona: Paidós.
- CAMPOS GARCÍA, MELCHOR; BLANCA MENA NOVELO y GENARO PÉREZ FIGUEROA (2013). *La biblioteca regalista de un “peligroso novador”*. México: Plaza y Valdés, Universidad Autónoma de Yucatán.
- MOLINA, SARA (1925). “La Biblioteca del Museo Arqueológico e Histórico”. *La Revista de Yucatán*, (Ed. viernes 5 de junio de 1925).
- NOVELO EROSA, PAULINO (1949). “Los Museos de Yucatán”. *Yikal Maya Than*, T. X, Núm. 123, pp. 109-111.
- [ORTEGA PECHeco, IVONNE] (2008). *1 informe de gobierno*. Mérida: Gobierno del Estado de Yucatán.
- [ORTEGA PECHeco, IVONNE] (2011). *4 informe de gobierno*. Mérida: Gobierno del Estado de Yucatán.
- [PATRÓN LAVIADA, PATRICIO] (2005). *4 informe de gobierno*. Mérida: Gobierno del Estado de Yucatán.
- [PATRÓN LAVIADA, PATRICIO] (2006). *5 informe de gobierno*. Mérida: Gobierno del Estado de Yucatán.
- PENICHE DE SÁNCHEZ MACGRÉGOR, SURYA y STELLA MARÍA GONZÁLEZ CICERO (1992). *Historia de las bibliotecas en Yucatán*. México: Programa Nacional de Bibliotecas Públicas.
- PENICHE PONCE, CARLOS (2006). “Acerca de López Trujillo”. *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, Vol. 21, Núm. 1, pp. 31-35.
- PEÑA ALCOCER, JOED AMÍLCAR (2015). “Génesis e inauguración del Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán y destellos de su futura biblioteca (1923-1937)”. En Carlos Bojórquez Urzaiz Y Sergio Guerra Vilaboy.



Chacmool, cuadernos de trabajo cubano mexicano (pp. 56-75). Mérida: SEGEY/Universidad de Oriente/Casa de la Historia de la Educación de Yucatán.

PEÑA ALCOCER, JOED AMÍLCAR (2017). “Mireya Priego López, su investigación bibliográfica y el desarrollo de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona (1937-1947)”. *Temas Antropológicos*, Vol. 39, Núm. 1, pp. 87-104.

RODRÍGUEZ LOSA, SALVADOR (2010). “Discurso de recepción de la Medalla Eligio Ancona en 1998”. En Alfredo Barrera Vásquez y otros. *Alocuciones, ex directores de la Facultad de Ciencias Antropológicas recipiendarios de la Medalla Eligio Ancona* (pp. 21-35). Mérida: APAUADY.

RUZ HERNÁNDEZ, EDUARDO (1996). *Entre libros y recuerdos: historia de la Biblioteca Central Universitaria, 1922-1994*. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán.

RUZ MENÉNDEZ, RODOLFO (1989). *Ensayos históricos universitarios*. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán.

RUZ MENÉNDEZ, RODOLFO (1990). *Nuevos ensayos yucatanenses*. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán.

SANTIAGO PACHECO, EDGAR AUGUSTO (2008). “Acercamiento a la historiografía del siglo XX en Yucatán. La obra de don Antonio Canto López”. *Temas Antropológicos*, vol. 30, núm. 1, pp. 159-186.

SANTIAGO PACHECO, EDGAR A., FLOR I. LÓPEZ BATES y JORGE LUIS LÓPEZ [MENDOZA] (2008). *La Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona: los años heroicos*. Mérida: ICY.

SANTIAGO PACHECO, EDGAR Y FLOR LÓPEZ BATES (2012). “Mujer, libros y vida. Mireya Priego López de Arjona”. En Celia Esperanza Rosado Avilés y Oscar Ortega Arango. *Mujeres en Yucatán, Mujeres de Yucatán*. (pp. 149-164). Mérida: UADY/IEGY.

SANTIAGO PACHECO, LUIS E. (2010). “Atesorar el saber: bibliotecas particulares en el Yucatán decimonónico”. En Mario Humberto Ruz y Adam T. Sellen. *Las vitrinas de la memoria, los entresijos del olvido. Coleccionismo e invención de memoria cultural*. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México.

ZAVALA VALLADO, SILVIO (1986). “El lingüista”. En Silvio Zavala Vallado y otros. *Dr. Alfredo Barrera Vásquez, facetas en la vida de un sabio*. (pp. 58). Mérida: H. Ayuntamiento de Mérida.





Contrastes entre algunos bibliotecarios de la Real Universidad de México durante la segunda mitad del siglo XVIII

Contrasts between some librarians of the Royal University of Mexico during the second half of the eighteenth century

María Fernanda Gloria Cortez

Universidad Nacional Autónoma de México (México)

<https://orcid.org/0000-0002-2165-237X>

mfgc.historia@gmail.com

Recibido: 16 de abril de 2020.
Aprobado: 26 de mayo de 2020.

Resumen

El objetivo de este artículo es mostrar el perfil de dos bibliotecarios que trabajaron en la Real Universidad de México durante la segunda mitad del siglo XVIII. Para realizar esta investigación se consideraron las propuestas de la historia del libro y de la lectura, en particular aquellas relacionadas a las bibliotecas corporativas/institucionales. El análisis de documentos pertenecientes a la Real Universidad de México permitió explicar el funcionamiento de la biblioteca, así como la labor y el vínculo que establecieron los individuos que ocuparon la plaza de bibliotecario, como resultado de esto se contrastan a dos bibliotecarios que mostraron intereses distintos en relación a la administración de la biblioteca. Finalmente, se concluye que la figura del bibliotecario es fundamental para entender cómo funcionan las bibliotecas corporativas/institucionales.

Palabras clave: Historia del libro y de la lectura, historia de las bibliotecas, Real Universidad de México, biblioteca universitaria, bibliotecarios, siglo XVIII.

Abstract

The aim of this article is to show the profile of two librarians who worked at the Real Universidad de México [Royal University of Mexico] during the second half of the eighteenth century. To conduct this research, propositions of the history of the book and reading were taken into consideration, particularly those related to corporative/institutional libraries. The analysis of documents that belonged to the Real Universidad de México allowed to explain the behavior of the library, as well as the tasks and bonds established by the individuals who occupied the position of librarian; as a result of this, we contrasted two librarians who showed different interests in regards of the administration of the library. Finally, it is concluded that the figure of the librarian is fundamental to understand how corporative/institutional libraries work.

Keywords: History of book and reading, history of libraries, Real Universidad de México, university library, librarians, eighteenth century.

Introducción

La biblioteca de la Real Universidad de México abrió sus puertas en 1778, aunque de manera legal se estableció desde 1761. El mérito se le atribuye al doctor Manuel Ignacio Beye de Cisneros por escribir los estatutos y solicitar la aprobación de estos al rey Carlos III en 1761, aunque también se considera al doctor Salvador Brambila como fundador de dicho espacio, pues durante su rectorado se encargó de la apertura de la biblioteca en 1778 (Alba, 2013:115-124). Por disposición real, después de la expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios hispanos en 1767, sus acervos bibliográficos pasaron a las bibliotecas de las universidades (*Colección general de las providencias*, 1768). Ante esta medida, la Real Universidad de México solicitó el traslado de los libros entre 1774 y 1783. Asimismo, la biblioteca se nutrió de donaciones de los miembros de la Universidad —doctores y catedráticos—; para 1778 se registraron 5,433 volúmenes (Gloria, 2019: 54-66). Sin embargo, hay que considerar que detrás de esta conformación se involucraron individuos con el nombramiento de bibliotecarios que fueron elegidos por los miembros de la corporación. El perfil de dos de ellos se analizará en las siguientes páginas¹.

Marco teórico y conceptual

En el amplio campo de la Historia cultural se encuentra la historia del libro y de la lectura. De acuerdo con la propuesta de Robert Darnton, para la mejor comprensión y estudio de dicha línea de investigación se subdivide a partir del circuito del libro que él mismo propuso (Darnton, 1982), en el que se encuentran las bibliotecas, las cuales pueden agruparse en particulares y corporativas/institucionales. La figura del bibliotecario no se consideró en dicho circuito, sin embargo, podría incluirse con las bibliotecas corporativas/institucionales.

En el presente artículo, la biblioteca se define como el espacio en el que se resguardaban libros y, en este caso, por ser de una corporación —la Real Universidad de México— estaba a cargo de un bibliotecario, es decir, una persona que cubría un perfil que establecía dicha corporación. El término “librería” no figura dentro de este artículo debido a que éste se asociaba al uso privado de una colección de libros (Chartier, 2018: 29).

Metodología y fuentes

La investigación se basó en el esquema compuesto por corporación–biblioteca–bibliotecario. Los tres elementos en conjunto permiten comprender cómo funcionaban las bibliotecas del Antiguo Régimen, pues a partir de los intereses

1 El artículo proviene de mi tesis de licenciatura en Historia, (2019) “El papel del bibliotecario en la Pública Real Biblioteca (Real Universidad de México), 1761-1810.” UNAM. México.



de las corporaciones, éstas crearon sus bibliotecas y determinaron el perfil de los bibliotecarios que las administraron. En primer lugar hay que comprender la universidad como una corporación del Antiguo Régimen que se encargaba de otorgar grados académicos. En México se estableció por cédula real en 1551, aunque se inauguró en 1553, y no tuvo biblioteca hasta la segunda mitad del siglo XVIII. El hecho de que la Real Universidad no contara con un acervo bibliográfico desde su apertura está relacionado al origen corporativo de las universidades (González, 2019).

Para señalar el perfil de dos bibliotecarios que estuvieron al frente de la biblioteca de la Real Universidad de México, se procedió a analizar los estatutos que escribió Manuel Ignacio Beye de Cisneros para el funcionamiento de la biblioteca, sin embargo, sólo se consideraron aquellos que establecieron un perfil y las labores de los bibliotecarios, ya que el resto estaban asociados con las finanzas, el trabajo del rector y los diputados de hacienda dentro de la biblioteca. Las fuentes en las que se respalda la mayoría del análisis que aquí se expone son documentos que se encuentran en el Archivo General de la Nación (México), del ramo Universidad, en las secciones de gobierno, cuentas, claustros plenos² y de hacienda³, además de otros ramos del mismo archivo como Reales cédulas, Indiferente virreinal, Bienes nacionales, Clero secular y regular. Las citas que provienen de estos se adaptó a la ortografía moderna.

La biblioteca de la Real Universidad de México.

Los antecedentes de esta biblioteca se rastrean hacia 1600, cuando el maestrescuela⁴ Sancho Sánchez de Muñón recibió 585 títulos para la Universidad (Osorio, 1986: 210). Sin embargo, no fue sino hasta el siglo XVIII que empezó el proyecto para abrir un espacio destinado a la biblioteca universitaria. Las propuestas sobre la apertura de la biblioteca que se conocen son las del rector Pedro Ramírez del Castillo, en 1724 y la que se hizo después de la donación de libros que realizó el doctor Carlos Bermúdez de Castro, hacia 1728 (*Ibid*: 209-244) sin embargo, ninguna de ellas se concretó.

Manuel Ignacio Beye de Cisneros fue rector de la Real Universidad de México entre 1758 y 1762. Durante su rectorado impulsó la idea de abrir una biblioteca universitaria. En claustro pleno del 27 de octubre de 1761 solicitó a

2 Claustro pleno: máximo órgano de gobierno de la Universidad, en México se conformaba por el rector, consiliarios, diputados, catedráticos y todos los poseyeran el grado de doctor (Pérez, 2000: 41-43).

3 Claustro de hacienda: también nombrado como claustro de diputados, dentro de los asuntos que atendían se encontraban las finanzas de la Real Universidad (Pérez, 2000: 43-45).

4 Maestrescuela: era una de las cinco dignidades de la Catedral Metropolitana, durante el siglo xvii, en la Real Universidad de México se encargaba de asuntos relacionados a los títulos, aunque también se involucraba con las finanzas de la Universidad (Pérez, 2000: 35-39)



todos los asistentes el beneficio de borlas⁵ para pagarle a un bibliotecario que se hiciera cargo de los libros y su mantenimiento, principalmente para que los estudiantes pobres tuvieran un lugar donde estudiar, sin embargo, el claustro se negó a esta solicitud⁶. Por otra parte, escribió los estatutos para el funcionamiento de la biblioteca. En ellos se establecía que las cuentas para su mantenimiento se llevarían aparte, los ingresos se obtendrían de las rentas de las tiendas que tenía la Universidad sobre la calle de la Acequia y se destinarían al pago de los bibliotecarios, la compra de libros y al mantenimiento general de la biblioteca.

Beye de Cisneros envió los estatutos a Madrid para obtener la aprobación de Carlos III. En mayo de 1761 el monarca firmó el documento y dio su consentimiento para que se promulgaran, meses después se leyeron en claustro pleno.⁷

El perfil y la labor de los bibliotecarios de la Real Universidad de México

Los estatutos que escribió el doctor Manuel Ignacio Beye de Cisneros estipulaban que la biblioteca de la Real Universidad de México estaría a cargo de dos bibliotecarios, uno para el turno matutino y otro para el vespertino. Para acceder al cargo, tendrían que contar con el grado de doctor, el título académico más alto que otorgaba la Universidad y que afianzaba la pertenencia a la corporación (Pérez, 2000: 174). El claustro pleno de la misma lo elegiría a través de voto.

El pago de los bibliotecarios se obtendría de las rentas de tiendas de la Real Universidad. La cantidad no se determinó pues desconocían las ganancias, las cuales se tendrían que dividir en cuatro partes y dos de ellas estaban destinadas al pago de ambos bibliotecarios, sin embargo, se acordó en claustro pleno que el primer pago sería de 100 pesos mientras se regularizaba la situación de económica⁸, posteriormente, cuando esto ocurrió, en las cuentas de la biblioteca se registraron los cambios de su salario. La cuenta que comprende de enero de 1785 a diciembre de 1786 se asentó que para el salario de bibliotecarios se destinaron 1,543 pesos, 5 tomines y 7 granos⁹.

Una de sus tareas consistía en elaborar un inventario de los libros, bienes y alhajas de la biblioteca, el cual se haría en presencia del secretario de la Real Universidad, quien también tendría una copia. Esto se hacía con la intención de llevar un control de las posesiones de la biblioteca. En este tenor, otro de los estatutos establecía que los bibliotecarios tendrían que conservar los bienes

5 Borlas: pago que realizaba la persona que deseaba obtener un grado universitario, véase González, 2004: 261-305.

6 Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Universidad, vol. 24, f. 19-20.

7 AGN, Universidad, vol. 24, f. 34-42v.

8 AGN, Universidad, vol. 25, f. 245-250.

9 AGN, Universidad, vol. 518, f. 1164.



completos para asegurarse de ello, el rector junto con los diputados del claustro de hacienda visitaría la biblioteca una vez al mes. Cabe mencionar que en el AGN hay un libro de visitas a la biblioteca,¹⁰ aunque no se llenó porque éstas se registraron en los claustros de hacienda.

En los estatutos se asentó que los horarios a cubrir por parte de los bibliotecarios serían los siguientes: el matutino abriría la biblioteca de siete a once de la mañana, mientras que el vespertino, en invierno de tres a cinco de la tarde y en verano de tres y media a cinco y media. Sus faltas las registrarían los bedeles¹¹ en un cuaderno. Finalmente, las tareas a cumplir eran barrer y tener aseada la biblioteca y los libros, además de informar al rector cuando alguno de estos estuviera en mal estado o necesitara una nueva encuadernación.

Los bibliotecarios tendrían que actuar en conjunto con el rector y el claustro de hacienda en algunas ocasiones para el mejor funcionamiento de la biblioteca. Así pues cobra sentido una parte del esquema que se propone para el estudio de las bibliotecas corporativas del Antiguo Régimen: corporación–biblioteca–bibliotecario. En particular, la parte de la corporación con el bibliotecario, ya que uno de los miembros de la Real Universidad de México estableció los parámetros para el funcionamiento de la biblioteca a través de los estatutos que aprobó el rey Carlos III; no obstante, el responsable sería un bibliotecario que estaría vinculado con la corporación a través del grado académico que lo afianzaba como partícipe de la vida corporativa de la Real Universidad.

Para comprender mejor lo concerniente a los bibliotecarios, es conveniente ahondar en casos específicos para mostrar el perfil de por lo menos, dos individuos que ocuparon el cargo. En otra investigación, sería idóneo estudiar al resto de los bibliotecarios, pues ampliaría el panorama de quiénes fueron las personas que se hicieron cargo de la biblioteca de la Real Universidad de México. Los bibliotecarios de la Real Universidad de México contaban con el grado de doctor, no obstante, ello no quiere decir que estuvieran únicamente vinculados a ella, pues ejercían otras actividades y pertenecían a otras corporaciones. El grado académico les daba cierto estatus social y era necesario si deseaban realizar una carrera eclesiástica o política, ascender socialmente, obtener cargos en distintas corporaciones o instituciones, o bien para ser propietario de alguna cátedra.

Cada individuo que ocupó la plaza de bibliotecario, matutino o vespertino, se desenvolvía en distintos espacios, no sólo en la Universidad, tenía una vida dentro y fuera de ésta; en este sentido, en las siguientes páginas se muestran dos bibliotecarios con intereses distintos; uno de ellos se involucró bastante con

10 AGN, Universidad, vol. 197.

11 Bedel: persona cuyo oficio es cuidar del orden fuera de las aulas, además de otras funciones auxiliares.



la biblioteca. Esto se sabe porque envió varios escritos al rector, al claustro pleno y de hacienda para tratar temas relacionados con su labor, al contrario de otro bibliotecario, cuya atención se centró en resolver conflictos personales. Para ello, emprendió un viaje a la villa y corte de Madrid, su estancia se prolongó varios años y no le permitió tener una relación cercana con la biblioteca, pues en su lugar trabajaron otros doctores que fueron nombrados suplentes.

Juan Antonio Andonegui y Humaran

En claustro pleno de 7 de mayo de 1778 se habló sobre la apertura de la biblioteca de la Real Universidad de México. Para el cargo de bibliotecarios los doctores Juan Antonio Andonegui y Mariano Navarro se propusieron como candidato. Señalaron que lo harían sin cobrar honorario alguno hasta que las rentas de la biblioteca estuvieran estables para pagarles lo correspondiente sin embargo, el resto del claustro no estuvo de acuerdo y se estableció como medida provisional que ese año se les darían cien pesos anuales a cada uno, posteriormente, su salario aumentó. En ese mismo claustro se decidió que Andonegui ocuparía el puesto de bibliotecario matutino, mientras que Navarro el de vespertino.

Juan Antonio Andonegui probablemente nació en 1746, era hijo legítimo de los españoles Miguel de Andonegui y Bárbara Humaran¹². En 1761 entró al Colegio Seminario de la Ciudad de México en donde cursó artes, recibió el grado de bachiller en Sagrada Teología y en 1773 se graduó como doctor. En 1775 fue nombrado por el virrey como comisionado para la separación de libros de las bibliotecas jesuitas¹³, esto indica que antes de ser bibliotecario de la Real Universidad de México tuvo contacto con el mundo del libro y que su nombramiento obedeció a su familiaridad con el acervo ya que estuvo presente durante el proceso.

Después del nombramiento, Juan Antonio Andonegui propuso como su fiador¹⁴ al regidor Juan Lucas Lazoga. El claustro de hacienda lo rechazó por considerarlo una persona “difícil de tratar”. Días después, el bibliotecario propuso al comerciante Agustín Uría. En los primeros días de junio se discutió el tema y lo aprobaron, por lo que a mediados de dicho mes, Andonegui se presentó, junto con Navarro, ante el claustro con sus escrituras de fianza y sus fiadores a hacer juramento de fidelidad al rector, el doctor Salvador Brambila.¹⁵ Este tipo de actos confirmaba la dimensión corporativa del cargo de bibliotecario.

12 Archivo Parroquial de la Asunción de Pachuca, bautismo de españoles 1712-1820, f. 81 v.

13 AGN, Bienes Nacionales, vol. 873, exp. 139.

14 Los fiadores se nombraban para que, en caso de ser necesario, respondieran por los bienes y negocios de los poseedores de las plazas. Véase Wobeser. 2010

15 AGN, Universidad, vol. 25, f. 253-253v



Poco después del claustro pleno de 7 mayo, Andonegui comenzó a alistar lo necesario para abrir la biblioteca. Por orden de claustro de hacienda, compró tinteros grandes y chicos, sillas y cubiertas, además, se encargó de los sellos para marcar libros¹⁶, buscó a personas para asear la pieza de la biblioteca, arreglar la chapa de la puerta principal, al librero que ayudó a poner libros, a cargadores para trasladarlos, un escribano que ayudara con el índice, a un pintor que decoró la portada de la biblioteca, compró papel, mandó a pintar un retrato del rey, se encargó de la compostura del mobiliario. Para cubrir los gastos de todo esto, acudió al síndico tesorero, Manuel Caro del Castillo, quien llevaba las cuentas de la biblioteca, primero solicitó 144 pesos y cuatro reales en mayo de 1778¹⁷, posteriormente, pidió 77 pesos, cinco y medio reales en noviembre del mismo año¹⁸.

Andonegui fue un bibliotecario que envió diversos escritos al rector, los cuales se leyeron en claustros plenos y de hacienda en algunos incluyó a Mariano Navarro, bibliotecario vespertino. Uno de los primeros textos que remitió al pleno se le dio lectura el 14 de septiembre de 1778 lo firmaron ambos bibliotecarios. En dicho documento expresaron su preocupación ante ciertos estatutos que les resultaban imprecisos, el primero de ellos se trataba de los días que abrirían la biblioteca, ya que no se mencionaba si tendrían vacaciones, como las que gozaban los catedráticos. Argumentaron que eran pocos los días de descanso, además, consideraban que en la biblioteca los estudiantes no aprendían lo mismo que en las cátedras, ya que en ellas lo hacían de voz viva del maestro, agregaron que los tribunales eclesiásticos y seculares tampoco abrían en determinadas fechas. Asimismo, consideraron que “no hay ejercicio o empleo por útil y necesario que sea que no conceda a el que lo ejerce el descanso siquiera un día a la semana”¹⁹. Finalmente añadieron que se tendría que considerar la asistencia de los bedeles.

El segundo punto aludía a la manera en la que se les pagaría, es decir, si sería en tercios²⁰, como ocurría con los catedráticos, ya que esperar todo el año era gravoso, además de que con ningún otro ministro u oficial de la Universidad sucedía, por lo tanto, pedían que se aclarara esta situación. El tercer tema que expusieron fue el manejo de los libros, explicaban que muchos de ellos estaban apolillados, otros tenían las cubiertas muy destruidas, expresaron que lo mejor era separarlos del resto para evitar que los demás se infectaran, aunque solicitaban que el mismo claustro estableciera qué hacer con esta situación. El siguiente asunto que les interesó tratar fue la ventilación de los libros, que era necesaria para mantenerlos “sin corrupción”, para ello era conveniente abrir una puerta que

16 AGN, Universidad, vol. 517, f. 719.

17 AGN, Universidad, vol. 517, f. 724-724v.

18 AGN, Universidad, vol. 517, f. 725.

19 AGN, Universidad, vol. 60, f. 254v.

20 Tercios: pagos cuatrimestrales.



daba al aula de astrología, aunque también estaban conscientes de que ello implicaba que los malos olores de la Plaza del Volador entraran. La última cuestión a tratar fue la solicitud para comprar mesas, carpetas, tinteros y sillas adecuadas para trabajar en la biblioteca, ya que los bancos que estaban debajo de los estantes no eran útiles por su tamaño y su peso, no permitían la lectura por la oscuridad que producían los estantes, además de la incomodidad por no tener un respaldo²¹.

Dicho documento permite ver que los bibliotecarios estaban realmente involucrados con las necesidades de la biblioteca, sin embargo, no podían actuar por cuenta propia, tenían la obligación de informar al claustro lo que ocurría en ella para tomar las medidas correspondientes. En esta ocasión, decidieron sólo establecer los tercios para pagarle a los bibliotecarios y respecto a su asistencia, continuaron con lo que dictaban los estatutos. Otro documento que envió Andonegui en conjunto con Navarro solicitaba que arreglaran la chapa de la biblioteca, ya que la que tenían era muy fácil de abrir, nuevamente reiteraron el estado de los libros, que estaban maltratados, mal encuadernados y desordenados, por lo que solicitaban al claustro tratase el tema para solucionarlo²².

Este bibliotecario también se vinculó con personas que comerciaban libros, así pues, el testimonio del bachiller José Joaquín Salgado y Carriedo expresa que Andonegui lo solicitó para que hiciera el reconocimiento de libros de la biblioteca, a la cual asistió el mes de agosto de 1779, revisó los ejemplares duplicados y señaló los que eran recomendables para vender. Acordó con Andonegui que tendría el diez por ciento de las ganancias, sin embargo, por lo poco que obtuvo y el mucho esfuerzo que hizo, el librero consideró que su paga no era justa, ése era el motivo principal de su escrito. No obstante, dejó en él una breve impresión sobre el bibliotecario, quien al parecer conocía a personas relacionadas con el mundo del libro²³.

Por otra parte, Andonegui también se hizo responsable del traslado de libros del Colegio de San Pedro y San Pablo. Le pareció conveniente el uso de cajones, esto con el fin de evitar su maltrato, además, así se mantendrían en orden, es decir, que no se mezclarían y facilitarían su acomodo en los estantes. Agregó que la tarea de colocar los libros en sus respectivos lugares no se podía llevar a cabo porque no estaba presente el secretario, por lo que solicitó al rector que tomara las medidas correspondientes²⁴.

21 AGN, Universidad, vol. 60, f. 524-525v.

22 AGN, Universidad, vol. 60, f. 560.

23 AGN, Universidad, vol. 60 f. 563-563v.

24 AGN, Universidad, vol. 60, f. 709.



Los escritos mencionados los envió Andonegui en el año de 1778, después de su nombramiento como bibliotecario matutino. Esto permite inferir que se comprometió con su trabajo desde el inicio, ya que le solicitaba al rector soluciones ante situaciones que estaban fuera de sus manos. Asimismo, no actuó por cuenta propia, sino que mantuvo una relación estrecha con las autoridades de la Real Universidad, para beneficio de la biblioteca. Durante los siguientes años, Andonegui continuó enviando escritos, por lo que varias de sus actividades dentro de la biblioteca quedaron registradas entre las que se encuentra el informe al rector sobre la conclusión del índice de libros. En éste, mencionó que se le pagaban seis reales diarios a la persona que se estaba haciendo cargo de ello, añadió que eran necesarias tener dos o tres copias más para uso interno, para ello solicitó papel de marca²⁵ para que durase más²⁶.

Dentro de sus responsabilidades estaba el cuidado de los libros, así como su encuadernación. A finales de 1779 y principios de 1780 mantuvo comunicación con el claustro de hacienda para tratar la encuadernación de algunos ejemplares que se encontraban en mal estado. En el escrito que informó sobre estos, mencionó que conocía a un encuadernador y envió la lista de precios que le dio éste. El asunto se trató el 8 de enero de 1780 en claustro de hacienda, donde decidieron que usarían las ganancias de la venta de los libros duplicados para cubrir estos gastos posteriormente; el rector Pedro Villar Santibáñez le pidió a Andonegui que se hiciera cargo de esta tarea.

Así pues, de acuerdo con otro escrito que dirigió al claustro de hacienda, señaló que comenzó a ajustar detalles con los oficiales del encuadernador, se encargó de ver los pergaminos, badanas y cartones para la encuadernación. De igual forma, mencionó que se encargó de los libros duplicados para que se vendiesen, agregó que en ocasiones tuvo que estar por las noches cuidándolos, principalmente aquellas cuando los bedeles solucionaban la iluminación en los balcones, pues le habían solicitado la llave de la biblioteca. Añadió que durante la venta de libros se vio en dificultades, como los acuerdos con los compradores a horas incómodas, es decir, entre las doce y la una de la tarde o durante la oración de la noche, por lo tanto, solicitaba que le dieran un *premio*, ya que ejercía funciones ajenas a su ministerio como bibliotecario²⁷.

El escrito anterior se leyó en claustro de hacienda del 27 de enero de 1780, aunque antes de ello, los diputados visitaron la biblioteca y encontraron únicamente al mozo José Cayetano Laso de la Vega, ya que Andonegui estaba en Pachuca para atender un asunto urgente. El claustro estableció que la

25 Se refiere al papel con marca de agua.

26 AGN, Universidad, vol. 61, f. 185.

27 AGN, Universidad, vol. 61, f. 22-223v.



biblioteca se abriría únicamente si estaba el bibliotecario, pues tenía la obligación de cumplir con el horario establecido en los estatutos y añadió que si se elegía a un bibliotecario con grado de doctor era porque tenía el conocimiento suficiente para buscar los libros que solicitaran los asistentes, mientras que el mozo no podría hacerlo por no poseer el grado. Posteriormente, trataron el asunto de las encuadernaciones, les pareció conveniente que Andonegui se hiciera cargo, principalmente porque serían menos costosas y se tendrían en poco tiempo. Respecto a su *premio* por la venta de libros, acordaron que lo resolverían hasta tener las cuentas completas²⁸.

Gracias al testimonio del mozo bibliotecario José Cayetano Laso de la Vega se tiene noticia que Andonegui acostumbraba leer en la biblioteca, que en ocasiones se llevaba libros a su casa para revisarlos, además, se aseguraba de cerrar bien la puerta de la biblioteca, aunque en una ocasión la encontraron abierta. Cuando esto ocurrió, en marzo de 1781, Andonegui se encontraba en pláticas de doctrina, el secretario, José de Imaz Esquer, inició un reporte para verificar que no hacía falta nada en la biblioteca, entrevistó al bedel José de Rivera, al mozo y a un estudiante de Cánones, Ignacio Vargas Machuca. Posteriormente, el bibliotecario mandó a decir que se haría cargo de este asunto cuando regresara. Días después, Andonegui revisó la biblioteca junto con el bedel y el estudiante, afirmó que no hacía falta nada sin embargo, notó que una vidriera de una ventana estaba abierta, posiblemente, por los fuertes aires por lo que, probablemente, también abrió la puerta de la biblioteca.²⁹

Por otra parte, aunque Andonegui se involucró en el mantenimiento de la biblioteca, también se ausentaba. Durante los ocho años que estuvo como bibliotecario se registran en los libros de cuentas 177 faltas, a diferencia del bibliotecario vespertino, el doctor Manuel de Castillo, a quien sólo se le marcaron dos faltas a lo largo de seis años. Ante esta situación, a mediados de 1781, Andonegui envió un documento al claustro pleno en el que expresaba su inconformidad por las multas. Argumentó que la razón de sus últimas inasistencias era que acudía a las academias morales³⁰ que ordenó el arzobispo Ildefonso Núñez de Haro y Peralta, de acuerdo con él, el horario de éstas se empalmaba con el de la biblioteca, y ante tal dilema, prefirió obedecer la orden del rey, quien, siguiendo el escrito de Andonegui, decretó que todo los doctores acudiesen a las academias morales³¹. Este tema fue tratado en claustro pleno el 20 de julio de 1781; los doctores asistentes señalaron que a pesar de lo decretado, era obligación del bibliotecario

28 AGN, Universidad, vol. 33, f. 222v-225.

29 AGN, Universidad, vol. 61, f. 468-471.

30 Andonegui refiere que se realizaban por orden de Carlos III aunque no encontré información sobre este tema.

31 AGN, Universidad, vol. 61, f. 506-507v.



cumplir con el horario establecido en los estatutos de la biblioteca, como lo hacían otros catedráticos. Por lo tanto Andonegui abriría la biblioteca y podía retirarse antes de las once para ir a las academias, con la condición de que entregara certificación de asistencia³².

Es importante señalar que cuando se discutió el tema de las faltas, el único bibliotecario que se encontraba dando servicios era Andonegui. Mariano Navarro había fallecido el 21 de febrero de ese año y se decidió en claustro pleno que no se ocuparía la plaza de bibliotecario vespertino hasta que se terminara el índice de libros para que se realizaran las visitas a la biblioteca y se hiciera la entrega de bienes y alhajas que mencionaban los estatutos. Por lo tanto, en este periodo, la biblioteca permanecía cerrada por las tardes, aunque el doctor Juan María Velasquez trabajaba en el inventario de libros.

Meses después, cuando dicho inventario estuvo listo, Andonegui solicitó al claustro pleno que se trabajara en un índice que estuviese ordenado alfabéticamente, ya que el inventario que tenían no era útil para la localización de los textos, pues los títulos aparecían conforme estaban acomodados en los estantes en este sentido, el claustro accedió y mandó que se les pagara a amanuenses que trabajaran en dicho documento³³. Este tipo de información permite ver que para Andonegui existían diferencias entre un inventario y un catálogo, que estaban relacionadas con el manejo del acervo que estaba a disposición de los estudiantes de la Real Universidad de México. Este hecho demuestra que la biblioteca estaba en proceso de organización y este bibliotecario fue una figura crucial durante este periodo. También se preocupó por el espacio de la biblioteca y su mobiliario. En abril de 1782 dirigió al rector un escrito en el que solicitaba que se pusieran cortinas en las ventanas que estaban al oriente y al poniente en los extremos más pequeños para impedir que entrara la luz del sol, que estaba perjudicando la madera de los estantes y los mismos libros. En total, se mandaron a hacer cuatro cortinas³⁴. En ese mismo año, volvió a comprar carbón para sellar los libros, así como lo necesario para el aseo de la biblioteca³⁵.

Por otro lado, junto con Manuel Castillo Piñeiro, fueron los primeros bibliotecarios en ser nombrados expurgadores y censores por el Santo Oficio de la Ciudad de México³⁶. Este cargo les permitía escoger las obras y corregir los textos que llegaran al acervo de la biblioteca, sin embargo, en la documentación consultada no se tienen más datos al respecto, aunque sería interesante ahondar

32 AGN, Universidad, vol. 26, f. 75v-79v.

33 AGN, Universidad, vol. 26, f. 85-88v.

34 AGN, Universidad, vol. 518, f. 523.

35 AGN, Universidad, vol. 518, f. 525.

36 AGN, Universidad, vol. 61, f. 761-761v.



más en el tema para ver los criterios de censura y expurgación que ejerció cada bibliotecario. Hay que considerar que muchos de los libros que compraron para aumentar el fondo bibliográfico los solicitaban los bibliotecarios al claustro de hacienda debido a que los pedían los usuarios³⁷.

En diciembre de 1784, Andonegui envió al claustro un escrito en el que solicitaba la formación de un expediente para tratar la propuesta de una alternativa. Ésta consistía en intercambiar turnos con el bibliotecario vespertino determinado tiempo, consideraba injusto que el matutino trabajara cuatro horas en la biblioteca, mientras que el otro únicamente dos y a ambos se les pagaba el mismo salario. El tema se trató en claustro de 15 de diciembre de 1784; ante esta situación, el bibliotecario Manuel Castillo argumentó que no era posible acceder a esta propuesta, pues los estatutos de 1761 establecían los horarios, además la propuesta impedía que los demás bibliotecarios realizaran otras actividades, como la lectura de cátedras, en este sentido, aludió el caso del doctor Mariano Navarro, catedrático de Clementinas. Agregó que si a Andonegui no le parecía conveniente el horario matutino pudo cambiar la plaza después de la muerte de Navarro, por lo que Castillo solicitó al claustro que no se considerara la propuesta y se cumpliera lo establecido en los estatutos³⁸.

El siguiente mes, el doctor Manuel Castillo envió al claustro un escrito en el que asentaba su inconformidad por la alternativa de Andonegui. Al ser un tema complicado, se nombró a dos doctores para que trataran el punto, éstos fueron Ignacio Díaz Cruz y Christoval Folgar³⁹. En febrero de 1785, se reunió el claustro para discutir nuevamente el tema; en los documentos se menciona que ambos bibliotecarios expusieron nuevas razones para reforzar su postura, sin embargo, no quedaron asentadas de manera escrita. Los doctores del claustro procedieron a votar, algunos estuvieron a favor de que se revisara con detenimiento la alternativa de Andonegui, otros prefirieron seguir los estatutos de 1761; también se propuso aumentar el salario al bibliotecario matutino, no obstante, no se resolvió el tema con claridad y no volvió a tratarse aunque Andonegui envió un último escrito en abril de ese mismo año⁴⁰.

El último documento que Andonegui envió al claustro como bibliotecario es de 1786, cuando comunicó su renuncia y abandono del puesto debido a que le asignaron el curato de Santa María del Pueblito, Querétaro y el nombramiento

37 En la documentación no se registró que Andonegui haya solicitado libros, aunque en 1795 Manuel Gómez, bibliotecario suplente, solicitó al claustro de hacienda libros de filosofía y matemáticas, AGN, Universidad, vol. 34, f. 44-44v.

38 AGN, Universidad, vol. 26, f. 192-194.

39 AGN, Universidad, vol. 26, f. 194-197.

40 AGN, Universidad, vol. 62, f. 89.



resultaba incompatible con la plaza⁴¹. Su texto se leyó en claustro el 26 de agosto de 1786, se aceptó su renuncia y procedió la entrega de libros, bienes y alhajas que estaba establecida en los estatutos. Ese mismo día se eligió al siguiente bibliotecario, Agustín Beye de Cisneros, quien ganó por mayoría de votos⁴².

Después de su labor en la biblioteca, continuó con una carrera eclesiástica. Fue cura de Santa María del Pueblito, Querétaro poco más de tres años, en 1790 obtuvo el curato de Chimalhuacán-Chalco, en donde se dedicó a la enseñanza de niños, y se encargó de la reedificación de la iglesia, todo a costa de su bolsillo. En la relación de méritos que presentó en 1797 agregó que sirvió once años en la biblioteca de la Real Universidad de México como bibliotecario matutino, le confiaron “la colocación de más de veinte y cuatro mil volúmenes por medio de un exacto y puntual índice que formó”⁴³. En realidad, ocupó el puesto durante ocho años y la cantidad de libros que mencionó es muy superior a la que realmente tuvo la biblioteca de la Real Universidad de México, pues en el inventario de 1779 se registraron 5,433 volúmenes⁴⁴.

La información que ofreció Andonegui en dicha relación, respecto a su cargo como bibliotecario de la Real Universidad de México refleja que para él representó una tarea relevante, al grado de que consideró que ese nombramiento podía ayudarlo a acrecentar sus méritos personales con tal de obtener el curato de Chimalhuacán-Chalco⁴⁵. Esto no resulta extraño para la época, puesto que muchos de los clérigos seculares tenían que demostrar por qué eran los mejores candidatos para administrar un curato. El grado académico, otras tareas ajenas a su oficio, que se traducen como méritos personales y, en ocasiones, las relaciones clientelares, aseguraban el ascenso de la carrera eclesiástica (Aguirre, 2000: 79).

Como se ha visto, la labor de este bibliotecario fue notable debido al desempeño que mostró mientras ocupó este cargo en la Real Universidad de México. El conocimiento previo de libros le permitió solicitar lo necesario para su conservación, además del contacto con personas de ese entorno, como libreros o encuadernadores, a quienes acudió cuando fue necesaria su asistencia a la biblioteca. Su interés por hacer una carrera eclesiástica no se acopló con este cargo, sin embargo, fue un referente para ascender en esa esfera, como lo mostró en su relación de méritos de 1797.

41 AGN, Universidad, vol. 62, f. 287.

42 AGN, Universidad, vol. 26, f. 235v-238v.

43 AGN, Bienes Nacionales, vol. 873, exp. 139.

44 AGN, Universidad, vol. 60, f. 565-615.

45 Aunque no podría asegurar que el aumento de los años de servicio y la elevada cantidad de volúmenes que acomodó tengan relación con esto.



Consideré conveniente dedicarle unas páginas a Juan Antonio Andonegui debido al compromiso que asumió con su trabajo en la biblioteca, en donde participó en tareas como la limpieza y adorno de la sala, la supervisión en la elaboración de los índices, compra de libros y encuadernaciones además, el envío de escritos al rector y los claustros pleno y de hacienda para que discutieran los distintos asuntos relacionados a la biblioteca demuestra la preocupación por mantener en buen estado el acervo. Cabe señalar que no todos los bibliotecarios tuvieron la misma diligencia. Otros se interesaron en la plaza por el ingreso económico y en la práctica no ejercieron eficientemente, como se verá con el siguiente caso.

José Bonifacio Sánchez Lara

Después de la muerte del doctor Manuel Castillo Piñeiro (1788) se declaró vacante la plaza del bibliotecario vespertino. Ante esta situación, Agustín Beye de Cisneros, bibliotecario matutino desde 1781, solicitó al claustro a través de un escrito que le permitieran ocuparla, ya que acababa de ser nombrado catedrático de cánones en el Real y Pontificio Seminario, y su asistencia por las mañanas se complicaba. El claustro accedió mediante votación. Posteriormente, leyeron los escritos de quienes disputaban la plaza, entre éstos se encontraba el de José Bonifacio Sánchez Lara, quien expresó tener 17 años con el título de doctor, agregó que la razón principal para obtener el empleo era que mantenía a su familia, su madre viuda y sus hermanos; además expuso que quería ser “uno de aquellos que son acreedores a lograr la protección que benignamente dispensa a sus alumnos necesitados”⁴⁶.

Alrededor de 1781 ocupaba el cargo de cura interino del Sagrario de la catedral de Durango en donde tuvo problemas con el gobernador, además, se le acusaba de varios excesos, aunque no se especificaron cuáles⁴⁷. Entre 1782 y 1784 se le formó un expediente por cometer excesos en materia grave e incumplimiento de sus obligaciones eclesiásticas.⁴⁸ Estas situaciones derivaron en el despojo de sus bienes y cargos. Es posible que después de 1785 se trasladara con su familia a la Ciudad de México; para estos momentos, su padre ya había fallecido.

Tras conseguir el cargo de bibliotecario, preparó todo lo necesario; presentó como su fiador al licenciado Ignacio Pérez Gallardo, oficial mayor de la secretaría de cámara y gobierno del virrey, el claustro de hacienda lo calificó como un individuo con “empleo honorífico”, por lo tanto, lo aprobaron sin ningún

⁴⁶ AGN, Universidad, vol. 62, f. 682.

⁴⁷ AGN, Clero secular y regular, vol. 188, exp. 4.

⁴⁸ AGN, Indiferente virreinal, caja 4077, exp. 13.



problema y se llevó a cabo la entrega de bienes de la biblioteca⁴⁹, e hizo juramento ante el rector⁵⁰. Las cuentas de la Universidad que comprenden los años de 1788 y 1789 se encuentran perdidas, por lo que no se sabe si Sánchez Lara se involucró con la compra de libros, encuadernaciones, el aseo de la biblioteca, incluso si su asistencia era constante. En 1790 partió a Madrid para solucionar unos problemas personales por lo que solicitó permiso al rector para ausentarse y dejó como suplente al doctor José Lema.

En marzo de 1790, el claustro de hacienda realizó la visita mensual a la biblioteca y le preguntaron al bibliotecario vespertino, Agustín Beye de Cisneros, por el otro bibliotecario. Éste respondió que hace tiempo no se presentaba y tenía por sustituto al doctor José Lema, el claustro solicitó que asistiera personalmente Sánchez Lara, pues no tenía facultad para nombrar un suplente⁵¹. Este tema se discutió nuevamente en otro claustro de hacienda, en donde se determinó la suspensión de su pago del tercio de enero a abril de ese año, además, el doctor José Lema solicitó a través de un escrito ser nombrado bibliotecario matutino suplente, esta propuesta se aceptó. Para justificar la entrega del sueldo del bibliotecario, determinaron que se dividiría en dos partes: la mitad sería para el doctor Lema y la otra para las arcas de la Universidad.

Por la retención del salario a Sánchez Lara, su madre, doña Mariana Isabel de Bravo presentó un escrito al rector y claustro pleno, en el que expuso que su hijo había solicitado licencia al rector para ausentarse por tiempo indeterminado, explicó que antes de partir, el bibliotecario estuvo enfermo y esto retrasó su viaje, agregó que por la retención del salario no pudo pagar la renta de la casa en la que se encontraba, por lo que su familia fue desalojada de manera violenta. Para que devolvieran el sueldo, argumentó que Sánchez Lara tenía el permiso del rector; su ausencia era necesaria para resolver ciertos asuntos; la cédula real de 1761 no establecía que se le retuviera el sueldo en caso de ausencia, además, había dejado un sustituto doctor, añadió en el documento que en los bibliotecarios se buscaba la seguridad de la biblioteca

y la prueba es que el doctor que la sirve solo se necesita del requisito de que afiance: y así el propietario no hace falta con su persona siempre que deje a otro doctor que asista en su lugar bajo las mismas fianzas⁵²

De igual forma, doña Mariana Isabel sostuvo que si los catedráticos nombraban sustitutos, los bibliotecarios tendrían el mismo derecho cuando se ausentaran por motivos personales. Suplicó al claustro que consideraran devolver el sueldo,

49 AGN, Universidad, vol. 33, f. 280v-282v.

50 AGN, Universidad, vol. 27, f. 11v.

51 AGN, Universidad, vol. 34, f. 2v-5.

52 AGN, Universidad, vol. 27, f. 71v.



ya que temía mendigar. Decidieron que este tema se trataría en otra reunión en el que asistieran doctores instruidos, además de tener presentes documentos y claustros relacionados al tema⁵³.

En el siguiente claustro se retomó el tema, el doctor Andrés Llanos Valdés preguntó cuánto tiempo llevaba Sánchez Lara con el cargo, respondieron que cerca de dos años, se interesó por saber si había recibido el inventario de libros, le dijeron que no, aunque sí presentó sus fianzas. Ante esto, solicitó que se declarara vacante la plaza de bibliotecario matutino por la ausencia tan prolongada, sin embargo, la mayoría votó por notificar a la madre de Sánchez Lara para que presentara el escrito de la licencia que había obtenido del rector y se le devolviera el pago del salario⁵⁴. Durante su estancia en Madrid, Sánchez Lara se dedicó a conseguir reales cédulas y ejerció la abogacía, la primera cédula se expidió el 7 de junio de 1791, en ella se estableció que se le regresarían todos los bienes que le había despojado Manuel Vicente Yañez cuando era provisor de Durango, para la fecha de expedición de la cédula, Yañez era canónigo de la iglesia de Valladolid. En dicho documento se mencionó que los daños no solo fueron hacia Sánchez Lara, sino también hacia su familia; su madre viuda y hermano, además, como sanción por el incumplimiento de la cédula de 1787 se le embargó la tercera parte de la prebenda que gozaba en Michoacán⁵⁵.

En 1792, el claustro de hacienda retuvo nuevamente su salario. La razón era que desconocían si seguía con vida el doctor Sánchez Lara⁵⁶, aunque se hizo esta aclaración, no se precisó después si se presentó algún testimonio de vida. Sin embargo, el doctor suplente José Lema continuó con su labor hasta que fue nombrado prebendado de la Insigne y Real Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe en noviembre de ese mismo año⁵⁷. El rector Gregorio Omaña nombró al doctor Feliciano Mendivil, quien solo duró unos meses en el cargo, ya que el claustro de hacienda notó que extraía libros de la biblioteca⁵⁸. En su lugar quedó el doctor Manuel Gómez Marín, quien ocupó la plaza desde 1792 hasta 1798. A lo largo de estos años, procuró junto con el bibliotecario vespertino, Agustín Beye de Cisneros, ampliar el acervo bibliográfico, principalmente por las obras que solicitaban para consulta, como libros de matemáticas y filosofía⁵⁹.

53 AGN, Universidad, vol. 27, f. 68-72.

54 AGN, Universidad, vol. 27, f. 72v-75.

55 AGN, Reales Cédulas, vol. 149, exp. 140.

56 AGN, Universidad, vol. 34 f. 24-25v.

57 AGN, Universidad, vol. 34, f. 28-29v.

58 AGN, Universidad, vol. 34, f. 33-35.

59 AGN, Universidad, vol. 34, f. 44-44v.



A inicios de 1796, el claustro pleno dedicó un par de reuniones para tratar la ausencia de este bibliotecario, pretendían quitarle su plaza, ya que él se encontraba «resolviendo asuntos» en Madrid. El licenciado José María Falcón presentó un escrito a nombre de Sánchez Lara, en él expresaba que recurriría a todos los medios para que no despojaran la plaza de dicho doctor. El claustro dio nueve días para justificar la ausencia del bibliotecario⁶⁰. En la siguiente sesión del claustro se retomó el tema, el rector notificó que la Real Audiencia envió un receptor⁶¹ a nombre del apoderado de Sánchez Lara, quien entró a la sala del claustro, y le dieron los documentos relacionados, entre los que se encontraba los escritos presentados por el licenciado Falcón. Después de que se retiró, los doctores asistentes procedieron a discutir si le quitarían o no la plaza a Sánchez Lara, la mayoría se inclinó por no tomar una decisión en ese instante, prefirieron esperar hasta la resolución de la Real Audiencia para evitar un conflicto con ésta⁶².

El doctor Sánchez Lara consiguió una real cédula con fecha de 13 de agosto de 1796, la cual se leyó en claustro pleno el 1 de febrero de 1797, en ella se solicita que el rector y el claustro “suspenda todo procedimiento dirigido a separarle de su empleo reponiendo cualesquiera providencia violenta que hayan tomado en el asunto”⁶³. Después de la lectura de este documento, el claustro no volvió a tocar el tema del bibliotecario matutino hasta que se tuvo noticia de su fallecimiento. Sánchez de Lara falleció el 7 de noviembre de 1797, su plaza no se declaró vacante hasta el 5 de mayo de 1798, el único que presentó escrito para ocuparla fue el doctor Manuel Gómez Marín⁶⁴, quien ya había trabajado como suplente de Sánchez.

Este bibliotecario, Sánchez Lara, no se relacionó tanto con la biblioteca, su atención se centraba en la resolución de otros asuntos. De los nueve años que fue propietario de la plaza, sólo durante los dos primeros se hizo presente. Sin embargo, en los claustros de hacienda se registra que el bibliotecario vespertino era quien informaba sobre el funcionamiento de la biblioteca o si eran necesarios libros. No hay testimonio de que este doctor se ocupara de ello como lo hicieron otros, aunque es interesante su empeño por conservar la plaza, muy probablemente por el beneficio económico que ésta le ofrecía.

60 AGN, Universidad, vol. 27, f. 225v-227.

61 Era la persona que tenía la facultad de ir a residencias y diligencias judiciales como escribano del juez delegado.

62 AGN, Universidad, vol. 27, f. 227-229.

63 AGN, Reales Cédulas, vol. 164, exp. 289.

64 AGN, Universidad, vol. 27, f. 285-286v.



Conclusiones

Como se ha visto en las páginas anteriores, ambos bibliotecarios contrastan por la manera en la que se relacionaron con la biblioteca. El primero, Andonegui, fue comprometido, tenía conocimientos previos y cuando necesitaba algo para la biblioteca, enviaba escritos a las autoridades correspondientes. Por otro lado, el segundo se mantuvo alejado. No podría asegurar que le era indiferente el mantenimiento de la biblioteca, sin embargo, su empeño por conservar la plaza se relacionaba con el beneficio económico que le ofrecía anualmente, en contraste, ambos tenían intereses diferentes.

Hay que señalar que ambos bibliotecarios tuvieron una visión distinta de su trabajo. Por un lado, Andonegui lo vio como un puesto prestigioso, ya que lo utilizó para ascender en su carrera eclesiástica, por ello no resulta extraña la alteración de los datos sobre su labor en la biblioteca de la Real Universidad en la relación de méritos que presentó años después para obtener otro cargo eclesiástico. Por otra parte, Sánchez Lara centró su interés en solucionar los problemas legales que tuvo en Durango, por lo tanto la plaza de bibliotecario le ofrecía el ingreso económico necesario para mantener a su familia que residía en la Ciudad de México, mientras que él gestionaba en Madrid los documentos necesarios para cambiar su situación legal. Así pues, se aprecia que en la biblioteca de la Real Universidad de México trabajaron bibliotecarios con perspectivas e intereses distintos que se reflejaron en su desempeño. En consecuencia, sería enriquecedor ahondar en el perfil del resto de aquellos que también ocuparon este cargo.

Hay que enfatizar que la biblioteca no se comprendía sin el bibliotecario y viceversa, además, la corporación era parte importante para explicar este lazo, pues se encargaba de establecer un perfil y los parámetros para la administración del espacio donde se conservaba el acervo bibliográfico. Además, conocer la corporación y su contexto histórico también dan pistas para entender la existencia de una biblioteca que estuviese al servicio de los miembros de ésta. Finalmente, estudiar al bibliotecario como una figura histórica permite dilucidar el funcionamiento de una biblioteca corporativa, pues él era quien se hacía responsable de ella, como un espacio en el que se resguardaban materiales bibliográficos que estaban a disposición de una comunidad. Profundizar en investigaciones de este carácter, permitirá ampliar el conocimiento sobre las bibliotecas corporativas/institucionales que reflejan el universo cultural de la época novohispana. ☸



Referencias

Fuentes primarias

Archivo General de la Nación. *Colección general de las providencias hasta aquí tomadas por el gobierno sobre el estrañamiento y ocupación de temporalidades de los Regulares de la Compañía que existían en los dominios de S.M. de España, Indias, e Islas Filipinas á consecuencia del Real Decreto de 27 de febrero, y pragmática-sanción de 2 de abril de este año*, (1768) México: Imprenta de los Herederos de Doña María de Ribera, en la calle de S. Bernardo.

Fuentes secundarias

AGUIRRE, RODOLFO (2000), “El ascenso de los clérigos de Nueva España durante el gobierno del arzobispo José Lanciego y Eguilaz” en *Estudios de historia novohispana*, Vol. 22, Núm, 2, pp. 77-110.

ALBA, GABRIEL AGRAZ GARCÍA DE (2013). “La primera biblioteca de la Real y Pontificia Universidad de México fue fundada por un jalisciense”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, Núm. 16-17, p.115-124.

CHARTIER, ROGER (2018). *Bibliotecas y librerías: entre herencias y futuro*. Bogotá: CERLALC.

DARNTON, ROBERT (1982). “What is the history of book?” en *Daedalus*, Vol. III, Núm. 3, pp. 65- 83.

GLORIA CORTEZ, MARÍA FERNANDA (2019). *El papel del bibliotecario en la Pública Real Biblioteca (Real Universidad de México), 1761-1810*. Tesis de licenciatura. UNAM. México.

GONZALEZ GONZALEZ, ENRIQUE (2004). “La universidad: estudiantes y doctores”. En: Antonio Rubial García, *Historia de la vida cotidiana en México* (Tomo II, pp. 261-305). México: COLMEX-FCE.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, ENRIQUE (2019) “Libros y estudio en las universidades del Antiguo Régimen. De la innovación a la rutina”. En: Manuel Suárez Rivera *De eruditione americana. Historia de la lectura y de la escritura en los ámbitos académicos novohispanos*. (pp. 63-104). México: IIB-UNAM.

PÉREZ PUENTE, LETICIA (2000) *Universidad de doctores. México, siglo XVII*. México: Centro de Estudios sobre la Universidad-UNAM.

WOBESER, GISELA VON (2010). *El crédito eclesiástico en Nueva España, siglo XVIII*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas-Fondo de Cultura Económica.



Antrópica

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades



EDITORIAL

Gabriel Angelotti Pasteur

Reflexiones en torno a la cuarentena por la Covid-19

FOTOGRAFÍA ETNOGRÁFICA

Maricarmen Sordo (Compiladora)

Testimonios fotográficos de la pandemia por COVID-19

ARTÍCULOS ACADÉMICOS

Diego Fernando Llave Huamancha

Extractivismo en la Amazonía peruana: tensión y relación entre el estado y los pueblos indígenas

Alfonso Barquin Cendejas

Reflexiones antropológicas sobre la implementación política de los proyectos utópicos

Octavio Martín Maza Díaz Cortés y Marisa Josefina Valadez Montes

El lugar sin límites, la constitución de la casa-taller
Los casos de Moroleón y Uriangato, Guanajuato, México

Norma Leticia Ramírez Rosete, José Alejandro Reyes Granados y Basilio Calderón Calderón

El turismo y su impacto en el patrimonio cultural del centro histórico de Puebla

Daniela Ramírez Camacho

De mujeres domésticas a cuidadoras de la nación: imaginarios estatales del México posrevolucionario

Guillermo Jesús Fajardo Sotelo

“Hablillas son”: el discursivo autoritativo en La Celestina

Héctor Adrián Reyes García

Clifford Geertz, a escena: Un trickster de la filosofía para la antropología

DOCUMENTO HISTÓRICO

Anya Nicolette Sabido Barrera

Normar la conducta del ciudadano en la diversión: el reglamento de teatro en la ciudad de Mérida durante el porfiriato

RESEÑA

Jorge Uzeta Iturbide

Transformaciones agrarias en Guanajuato

DOSSIER

Jorge Canto Alcocer

El AGEY en su aniversario de diamante: logros y pendientes del acervo docu-mental más importante del sureste de México

Joed Amílcar Peña Alcocer y Eduardo Israel Huchim Noh

“La mejor colección yucateca del mundo”: breve historia de la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona

María Fernanda Gloria Cortez

Contrastes entre algunos bibliotecarios de la Real Universidad de México durante la segunda mitad del siglo XVIII



FACULTAD DE CIENCIAS
ANTROPOLÓGICAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE YUCATÁN

Contacto: revista.antropica@gmail.com

Disponible en:

<http://www.antropica.com.mx>